

R.L. Stine

Pesadillas

Mutación fatal

No es un ser
humano normal...



de

Gary Lutz necesita desesperadamente tomarse unas vacaciones... huir de sí mismo, cambiar de personalidad. Algunos matones se meten constantemente con él. Incluso siente rechazo de su hermana pequeña. Su único amigo es un ordenador. Pero Gary planea cómo hacer realidad su sueño. Cree que podrá cambiar su cuerpo por el de un compañero al menos por una semana. Cuando ya no confía en conseguir un nuevo cuerpo sucede algo horrible. Gary se encuentra con la sorpresa de que su mutación no es precisamente humana...



R. L. Stine

Mutación fatal

Pesadillas - 15

ePub r1.0

sleepwithghosts 25.12.13

Título original: *Goosebumps #17: Why I'm Afraid of Bees*

R. L. Stine, 1994

Traducción: Virtudes Rodríguez

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0





Si te dan miedo las abejas, tengo que advertirte que en esta historia hay muchas abejas. En realidad, hay cientos de ellas.

A mí las abejas me daban miedo hasta hace un mes. Y cuando leas esta historia, comprenderás por qué.

Todo empezó un día de julio en que oí un espantoso zumbido, el zumbido de una abeja. Me incorporé y miré a mi alrededor, pero no pude ver ni uno solo de estos insectos. Sin embargo, el horripilante zumbido no cesaba. De hecho, parecía hacerse cada vez más fuerte.

Seguramente será Andretti de nuevo, me dije. Está intentando estropear me el día, como siempre.

Había estado leyendo un montón de cómics bajo un enorme arce que hay en el jardín de detrás de mi casa. Quizás otros chicos tengan algo mejor que hacer en una asfixiante y bochornosa tarde de verano. Por ejemplo, ir a la piscina con sus amigos.

Yo no. Me llamo Gary Lutz y seré sincero: amigos de verdad no tengo muchos. Ni siquiera a mi hermana Krissy, que tiene nueve años, le caigo demasiado bien. Mi vida es un auténtico desastre.

¿Y por qué?, me pregunto una y otra vez. ¿Cuál es exactamente mi problema? ¿Por qué todos los chicos me ponen mote, como el de Lutz «cara de avestruz»? ¿Por qué todo el mundo se burla de mí?

En ocasiones pienso que tal vez sea debido a mi aspecto. Aquella mañana me había pasado un buen rato examinándome en el espejo. Me había estado observando por lo menos durante media hora. La cara que había visto reflejada era una cara flaca y alargada, con una nariz de tamaño mediano y un pelo rubio y liso. No era

precisamente guapo pero tampoco era horrible.

Bzzzzzz.

¡No podía soportar aquel sonido! Y se iba acercando cada vez más.

Me eché boca abajo y asomé la cabeza por un lado del arce. Quería ver mejor el jardín de mi vecino. ¡Oh, no!, pensé. Estaba en lo cieno. El zumbido procedía de las abejas del señor Andretti. Mi vecino volvía a la carga. Siempre estaba en la parte trasera de su casa, junto al garaje, liado con sus dichosas abejas.

Me preguntaba cómo podía manipularlas todos los días sin temer que le picaran. ¿No se le ponían los pelos de punta? Me arrodillé y avancé un poco. Aunque deseaba observar más de cerca al señor Andretti, no quería que éste me viera.

La última vez que me había pillado mirándole había puesto el grito en el cielo. ¡Se había comportado como si existiera alguna ley que le prohibiese a uno estar sentado en su propio jardín!

—¿Qué está pasando aquí? —había rugido con toda la fuerza de sus pulmones—. ¿Es que se ha fundado en el barrio un comité de vigilancia sin avisarme? ¿O es que el FBI está ahora reclutando espías de diez años?

Este último comentario no me había hecho ninguna gracia porque el señor Andretti sabía perfectamente que tengo doce años. Al fin y al cabo, mi familia ha sido siempre vecina suya. Algo que no deja de ser una desgracia para mí, sobre todo porque me dan mucho miedo las abejas. Mejor será que lo confiese ahora mismo. También me asustan otras cosas: los perros, los chicos fuertes y malvados, la oscuridad, los ruidos y nadar en el mar. Hasta le tengo miedo a Claus: el estúpido gato de Krissy.

Pero lo que más miedo me da son las abejas. Desgraciadamente, con un apicultor por vecino siempre hay abejas cerca. Unas abejas peludas que vuelan, zumban y pican.

¡Miau!

Me puse de pie de un brinco al notar que Claus se me acercaba lentamente por detrás.

—¿Por qué tienes que seguirme por todas partes? —grité.

Claus avanzó unos pasos y se enrolló en una de mis piernas. Acto seguido me clavó las largas y afiladas uñas en la piel.

—¡Ay! —chillé—. ¡Suéltame!

No puedo comprender cómo Krissy quiere tanto a este bicho. Ella dice que el gato se me tira encima precisamente porque le «gusto». Bueno, ¡pues yo lo único que sé es que a mí no me gusta él! ¡Y ojalá me dejara en paz!

Cuando por fin conseguí ahuyentar a Claus, continué observando a mi vecino. Sí, es verdad, me dan miedo las abejas, pero también me fascinan. No puedo evitar mirar al señor Andretti un día tras otro. Claro que al menos tiene las colmenas en un lugar bien cerrado, detrás del garaje. Eso hace que me sienta bastante tranquilo. Además, el señor Andretti se comporta como alguien que sabe lo que hace. ¡En realidad se comporta como si fuera el mayor experto en abejas de todo el mundo!

Aquel día, mi vecino llevaba puesto el equipo que utiliza normalmente para manipular las abejas. Se trata de un traje blanco y un gorro del que cuelga una especie de velo que le protege la cara. El traje va sujeto con cuerdas a las muñecas y a los tobillos. Cuando va vestido así, el señor Andretti parece una criatura extraña que hubiera escapado de una película de miedo.

Al ver a mi vecino abrir y cerrar con cuidado los cajones de sus colmenas colgantes, me di cuenta de que no llevaba guantes. En una ocasión en que papá estaba conmigo, el señor Andretti nos había explicado por qué no los utilizaba.

—Pues verá, Lutz —había empezado mi vecino.

Lutz es mi padre, Ken Lutz. Evidentemente el señor Andretti había actuado durante toda la conversación como si yo no hubiera estado allí.

—Por lo general, los apicultores normales y corrientes se ponen guantes —nos había explicado—. Los más valientes usan guantes sin dedos que les permiten trabajar con las abejas más cómodamente.

Llegados a este punto, el señor Andretti se había dado unos golpes en el pecho y había continuado.

—Pero al apicultor preparado de verdad —como es mi caso— le gusta trabajar sin ellos. Mis abejas se fían de mí. Sabe, Lutz, las abejas son mucho más listas de lo que la mayoría de la gente cree.

Seguro, había pensado yo. Si de verdad son tan listas ¿por qué

vuelven a sus colmenas y dejan que usted les robe la miel?

Bzzzzzzz.

De pronto el zumbido procedente de las colmenas se volvió más fuerte y amenazador. Me levanté y me acerqué hasta la valla que separa nuestros jardines. Eché una mirada al lugar donde estaban las colmenas. Quería averiguar qué pasaba.

Pegué un grito.

El traje del señor Andretti había dejado de ser blanco. ¡Negro! ¡Era negro! ¡Mi vecino estaba completamente cubierto de abejas!

Mientras yo seguía con la vista clavada en el señor Andretti, los insectos no paraban de salir de las colmenas. Se le subían por los brazos, el pecho y hasta por la cabeza. ¡Me daba tanto asco aquello que pensé que iba a vomitar! El gorro y el velo del señor Andretti se estremecían y bamboleaban como si estuvieran vivos. ¿No le daba miedo tener todos aquellos aguijones encima?

Me apoyé sobre la valla y entonces Andretti me gritó:

—¡Cuidado, Gary!

Me paré en seco.

—¿Qué?

—¡Las abejas! —chilló el señor Andretti—. ¡No las puedo controlar! ¡Corre!

2

¡Jamás había corrido tan rápido en toda mi vida! Me lancé a través del jardín y, con las prisas, me di un tropezón al subir las escaleras de mi casa. Abrí de golpe la puerta de rejilla. Estaba tan nervioso que por poco me caigo al entrar. Me detuve y me apoyé en la mesa de la cocina mientras intentaba recobrar el aliento. Cuando por fin lo conseguí, me puse a escuchar con atención. Todavía podía oír el enojado zumbido de las abejas. Sin embargo, pronto escuché algo más.

—¡Ja, ja, ja!

Alguien se estaba riendo allí fuera. Y tenía todo el aspecto de ser el señor Andretti.

Me di la vuelta despacio y miré a través de la puerta de rejilla.

Mi vecino se encontraba al pie de las escaleras. Se había quitado aquella especie de velo que llevaba y sonreía satisfecho.

—¡Ja, ja, ja! Tenías que haber visto la cara que has puesto, Gary. ¡No te imaginas lo gracioso que estabas! ¡Y cómo corrías!

Le miré fijamente.

—¿Quiere decir que las abejas no se estaban escapando?

El señor Andretti se dio unas palmadas en las rodillas.

—¡Pues claro que no! Tengo controladas a las abejas en todo momento. Van y vienen. Se dedican a traer el néctar y el polen que extraen de las flores.

Se interrumpió un momento para secarse el sudor de la frente.

—Bueno, a veces sí que tengo que salir a atrapar con la red a algunas abejas perdidas. ¡Pero la mayoría de ellas sabe que mis

colmenas son el mejor hogar que pueden tener!

—O sea, señor Andretti, ¿que todo esto no ha sido más que una broma? —procuré que pareciera que estaba enfadado pero resulta algo difícil cuando a uno le tiembla la voz tanto o más que las rodillas—. ¿Y se supone que me tenía que hacer gracia?

—¡Creo que esto te enseñará a meterte en tus asuntos y a dejar de mirarme todo el tiempo! —replicó. Luego se dio la vuelta y se marchó.

¡Estaba furioso! ¡Menuda jugarreta!

Por si no tenía bastante con que los chicos de mi edad se metieran conmigo, ahora también empezaban a hacerlo los mayores.

Le di un puñetazo a la mesa de la cocina. En ese instante llegó mi madre.

—¡Hola, Gary! —dijo, con el ceño fruncido—. Procura no cargarte los muebles, ¿vale? Iba a hacerme un bocadillo. ¿Quieres uno?

—Bueno —refunfuñé mientras me sentaba a la mesa.

—¿Te apetece el de siempre?

Asentí con la cabeza. «El de siempre» era de manteca de cacahuete y gelatina y nunca me canso de comerlo. Normalmente me gusta merendar patatas fritas, cuanto más picantes mejor. Mientras esperaba a que estuviera hecho el bocadillo, abrí una nueva bolsa de patatas y me las empecé a comer.

—¡Oh, oh! —mamá estaba mirando lo que había en la nevera—. Mucho me temo que se nos ha acabado la gelatina. Me parece que tendremos que buscar otra cosa.

Sacó un tarro de cristal.

—¿Qué te parece si te pongo esto con la manteca de cacahuete?

—¿Qué es? —pregunté.

—Miel.

—¡Miel! —grité—. ¡Ni hablar!

Un poco más tarde, como me sentía muy solo, me fui paseando hasta el campo de juegos del colegio. Al pasar cerca de la zona de los columpios vi a un grupo de chicos que conocía.

Iban a empezar a jugar a béisbol y estaban formando los equipos. Me acerqué a ellos. A lo mejor me dejaban jugar.

—Gail y yo somos los capitanes —dijo un chico llamado Louie.

Me puse detrás de los demás niños. Había llegado justo a tiempo. Uno tras otro, Louie y Gail fueron eligiendo a los jugadores de sus equipos. Todos los chicos quedaron repartidos entre los dos grupos.

Todos los chicos excepto uno, claro. Yo me quedé allí, solo, al lado de la meta. Bajé los hombros y miré al suelo. Mientras, los capitanes empezaron a discutir sobre mí.

—Cógelo tú, Gail —decía Louie.

—No, cógelo tú.

—No es justo. ¡Yo siempre tengo que cargar con Lutz!

Mientras los dos capitanes seguían peleándose sobre quién tenía que cargar conmigo, yo notaba que me iba poniendo cada vez más rojo. Deseaba marcharme, pero si lo hacía todos dirían que era un rajado.

Finalmente, Gail suspiró resignada.

—Vale, de acuerdo —dijo—. Lo cogemos, pero recuerda la regla especial Lutz. Cuatro golpes antes de eliminarlo.

Tragué saliva y seguí a mis compañeros de equipo hasta la zona interior de juego. Tuve suerte: Gail me mandó a la parte más lejana del campo.

—Vete hacia la derecha, Lutz —ordenó Gail—. Ponte cerca de la valla. Nunca llegan hasta ahí.

Seguro que muchos chicos se enfadarían si los colocaran tan lejos de la acción. Yo, en cambio, le estaba agradecido a la capitana. Si no me llegaba ninguna pelota, no podría perderla, que era lo que siempre me pasaba.

A medida que transcurría el partido, notaba que se me iba haciendo un nudo en el estómago. Era el último en batear pero cuando por fin me llegó el turno en la meta, las bases estaban ocupadas. Cogí el bate y me fui hacia la meta. Se oyó un gran abucheo: mis compañeros de equipo protestaban.

—¿Le toca a Lutz? —preguntó alguien incrédulo.

—¡Tranquilo! —gritó la chica que jugaba en la primera base.

—¡Que no le dé, que no le dé!

Los jugadores del equipo contrario pateaban, silbaban y se reían con ganas.

De reojo vi como Gail se cogía la cara entre las manos.

Me rechinaban los dientes. Empecé a rezar. Por favor, que consiga una carrera. Por favor, que consiga una carrera. Sabía que jamás le daría a la pelota, así que mi única posibilidad era una carrera.

Evidentemente salió fuera. Cuatro golpes.

—¡Lutz cara de avestruz! —oí que gritaba alguien e inmediatamente un montón de chicos empezaron a reírse.

Sin mirar hacia atrás, abandoné el campo de béisbol y me alejé del colegio. Me iba a casa. Allí me esperaban la paz y el silencio de mi habitación. Tal vez no era el lugar perfecto, pero al menos en casa nadie se burlaba de mí llamándome «cara de avestruz».

—¡Eh, tíos, mirad! —vociferó alguien cuando me disponía a doblar la esquina de mi calle.

—¡Vaya, pero si es Lutz cara de avestruz! —exclamó otro.

—¡Chaval, esto va a ser divertido!

No podía creer que tuviera tan mala suerte. Las voces pertenecían a los tipos más grandotes y odiosos de todo el vecindario: Barry, Marv y Karl. Tienen mi misma edad pero son por lo menos ¡cinco veces más altos que yo!

¡Son unos verdaderos gorilas! ¡Vamos, que van arrastrando los nudillos por la acera! ¿Y cuál es su actividad favorita cuando no están en la jaula columpiándose en su neumático?

Acertaste. ¡Pegarme!

—¡Eh, tíos, dejadme tranquilo! —les supliqué—. Hoy no tengo un buen día.

Se echaron a reír.

—Así que quieres que te dejemos tranquilo ¿verdad, Lutz? —gritó uno de ellos amenazador—. ¡Pues claro, tío!

Sólo tuve tiempo de parpadear antes de que un enorme puño me golpeará la nariz.

3

Diez largos y dolorosos minutos después, entraba por la puerta trasera de mi casa. Por suerte mamá estaba en el piso de arriba. Eso evitó que me viera la nariz ensangrentada, los arañazos y moraduras de los brazos y los desgarrones de la camiseta.

Lo único que me hubiera faltado habría sido ella empeñándose en mimarme y dispuesta a llamar a los padres de aquellos chicos. Si dejaba que lo hiciera, la vez siguiente que me encontrara con Barry, Marv y Karl seguro que me mataban.

Subía las escaleras despacio, sin hacer ruido, cuando Claus, el gato, saltó sobre mí.

¡Miaau!

—¡Aaaaah! —me dio tal susto que a punto estuve de caerme por las escaleras.

—¡Quítate de en medio, bicho repugnante!

Aparté al gato y me fui corriendo al cuarto de baño. Me miré en el espejo y por poco me mareo: ¡parecía que acabara de tener un accidente! Me lavé la nariz con agua fría, me limpié toda la sangre y me fui tambaleando hasta mi habitación.

Me quité la camiseta y la escondí debajo de la cama. Luego me puse una camisa de invierno de manga larga. Iba a pasar calor pero al menos no se me verían los arañazos.

Abajo, en la cocina, encontré a mamá y a Krissy. Mamá estaba cogiendo unos huevos y un cuenco grande y Krissy se estaba atando

a la cintura un enorme delantal. Claus, como siempre, ronroneaba y se enrollaba por entre las piernas de Krissy. ¿Por qué con ella se comportaba como un inocente gatito y en cambio conmigo era un verdadero demonio?

—¡Hola, Gary! —me saludó mamá—. ¿Quieres ayudarnos a hacer galletas de manteca de cacahuete?

—No, gracias —respondí—, pero luego rebañaré el cuenco.

Me acerqué a la mesa y cogí la bolsa de patatas fritas que había dejado allí antes.

—Mira, ya sé lo que puedes hacer. Coge ese tarro de manteca de cacahuete que hay en el armario y ábrelo —dijo mamá—. Necesitamos mucha manteca de cacahuete para hacer estas galletas.

—¡Estarán buenísimas! —exclamé—. Siempre que no lleven miel, claro.

Abrí el armario y cogí la manteca de cacahuete. Traté de desenroscar la tapa. Apreté todo lo que pude pero no se aflojaba. Golpeé el tarro contra el mármol de la cocina y volví a probar. Tampoco hubo suerte.

—Mamá ¿tienes una llave inglesa o algo así? —pregunté—. Esta tapa no se mueve.

—Prueba a meter el bote en agua caliente —sugirió mi madre.

—¡Oh, pero qué inútil! —dijo Krissy dando un resoplido. Luego se secó las manos en el delantal, atravesó la cocina y me arrebató el tarro.

Cogió la tapa con dos dedos y la desenroscó. Entonces, empezó a reírse a carcajada limpia. Mamá también se echó a reír.

¿Te lo imaginas? ¡Mi propia madre se estaba riendo de mí!

—Me parece que esta mañana te olvidaste de tomar los cereales —bromeó mamá.

—Me voy —refunfuñé—. Para siempre.

Las dos continuaron riéndose. Ni siquiera creo que me oyeran.

Me sentía muy desdichado. Salí de casa después de dar un sonoro portazo. Decidí coger la bici y dar unas cuantas vueltas alrededor de la manzana. Al llegar al garaje y sacar la bicicleta, empecé a animarme un poco. Mi bici es fantástica: es nueva, de color azul y tiene veintitún velocidades. Es superguay. Me la regaló papá al cumplir los doce años.

Me subí a la bici y seguí por el camino que va a dar a la calle. Al llegar, vi a unas chicas andando por la acera. Miré de reojo: las conocía.

¡Uau!, pensé. ¡Pero si son Judy Donner y Kaitlyn Davis!

Judy y Kaitlyn van a mi colegio. Las dos son muy guapas y caen muy bien a todo el mundo. La verdad es que desde cuarto estoy loco por Judy. Una vez, cuando hicimos la excursión de quinto, hasta me sonrió. O por lo menos eso me pareció.

Así que cuando vi a aquellas chicas caminando por la calle, decidí que era un buen momento para impresionarlas. Me puse la gorra de béisbol al revés, con la visera hacia atrás, crucé los brazos por delante del pecho y empecé a pedalear sin manos. Al pasar por su lado, miré hacia atrás y les dirigí la más encantadora de mis sonrisas.

Antes de que se desvaneciera mi hermosa sonrisa noté que algo me tiraba de una zapatilla: ¡el cordón se me había enganchado en la cadena!

Se oyó un chirrido horrible. La bicicleta dio una sacudida, se tambaleó y me fue imposible controlarla.

—¡Gary! —oí el grito de Judy—. ¡Gary, cuidado con el coche!

4

¡Craack!

No vi la farola hasta que me di contra ella. La bicicleta se ladeó y yo salí disparado hacia un lado. Se oyó un crujido de metales retorciéndose. Yo fui a caer de bruces en un charco. Era algo profundo y estaba lleno de un barro caliente.

Oí el ruido del coche al alejarse. Lentamente, fui sacando la cara del barro.

Supongo que no debo de estar precisamente guapo, pensé con cierta amargura. Quizá así al menos les daría un poco de pena.

En absoluto.

Judy y Kaitlyn estaban detrás, en la acera, riéndose encantadas.

—¡Bonita bici, Gary! —exclamó una de ellas.

Y se fueron deprisa.

Nunca en toda mi vida me había sentido tan humillado. Si hubiera podido, habría echado raíces en aquel charco y me hubiera convertido en un árbol. Puede que no sea la más emocionante de las vidas pero al menos nadie se ríe de un árbol.

Lo digo en serio. En ese momento hubiera cambiado con gusto mi vida por la de un árbol. O por la de un pájaro. O por la de un insecto. O por la de cualquier otro ser viviente del planeta.

Con esas ideas tan tristes rondándome la cabeza, decidí levantarme y marcharme de allí antes de que llegara alguien más. Tuve que emplear todas mis fuerzas para desenganchar la pobre bicicleta de la farola. Por suerte, no hizo falta que la arrastrara mucho rato.

Por segunda vez en la misma tarde, tuve que entrar sigilosamente en casa y subir hasta el cuarto de baño para lavarme antes de que me viera alguien. En esta ocasión, al contemplarme en el espejo, comprendí que no habría forma de impedir que mamá me viera todos aquellos cortes y rasguños.

¿Y qué más da?, pensé quejumbroso mientras me lavaba la cara y las manos llenas de barro. ¿Qué importa si mamá se da cuenta? Mejor, así tendrá algo más de qué reírse. ¡Parece que eso le encanta!

Me fui a mi habitación y me puse la última camiseta limpia que tenía. Luego eché un vistazo a mi alrededor para ver en qué podía entretenerme.

Encendería el ordenador. Jugar con el ordenador es una de las pocas cosas que de verdad me gustan. Cuando estoy absorto en alguno de los juegos, a veces hasta puedo olvidarme de que soy un completo estúpido llamado Gary Lutz. En un juego de ordenador nadie me llama nunca «Lutz cara de avestruz».

Puse en marcha el ordenador y decidí probar suerte de nuevo con el *Planet Monstro*, el juego en el que me había quedado bloqueado durante dos días.

Monstro es superguay. En este juego yo soy un personaje llamado «el Guerrero» y estoy atrapado en el planeta Monstro. Y lo que tengo que hacer es intentar salir victorioso de todo tipo de espeluznantes situaciones.

Antes de empezar a jugar, pensé que debía echar un vistazo a ver qué había en el *Computa Note*, uno de los boletines de anuncios electrónicos a los que estoy conectado. El lunes había dejado un mensaje preguntando si alguien sabía cómo acabar con el dragón de dos cabezas que no paraba de comerme en la decimotercera luna de Monstro. A veces ocurre que personas que juegan a lo mismo se intercambian pistas.

Al entrar en el *Computa Note* aparecieron en la pantalla los siguientes mensajes:

«Para Arnold de Milwaukee: ¿En el juego de la selva, has probado a frotarte todo el cuerpo con hojas de eucalipto trituradas? Es una forma —ecológicamente correcta— de repeler las hormigas venenosas en EcoScare 95. De Lisa de San Francisco».

«*Para R. de Sacramento*: En SpaceQuest 20 la única manera de escapar de la inundación de tu nave espacial es inflar tu traje y salir flotando. *De L. de St. Louis*».

«*Para Gary de Millville*: Intenta herir al dragón en el entrecejo. A mí me dio resultado. *De Ted de Ithaca*».

Fantástico, pensé. Había estado intentando herir al dragón en el entrecejo pero el bicho siempre me comía antes de que pudiera hacerlo. ¿Qué estaba haciendo «Ted de Ithaca» que yo no hiciera?

Decidí dejar otro mensaje electrónico: le pediría a Ted que me explicara qué había querido decir exactamente. Pero al empezar a escribir, vi que en la parte inferior de la pantalla había otro mensaje.

Lo leí una vez. Enseguida lo volví a leer con mucha atención:

«MANDE DE VACACIONES A SU VIDA ACTUAL.

»¡Realice un intercambio con otra persona durante una semana!«

5

¿Qué querría decir aquello?

Apreté la tecla Enter para leer lo que seguía. Me interesaba muchísimo saber algo más sobre aquel mensaje. Esto fue lo que vi:

«MANDE DE VACACIONES A SU VIDA ACTUAL.

»¡Realice un intercambio con otra persona durante una semana!»

VACACIONES INTERCAMBIO
Roach Street, 113, Sala 2-B
Teléfono 1-800-555-SWAP

¿Sería posible algo así?, me pregunté. ¿Sería posible que dos personas intercambiaran sus vidas sin que surgieran toda clase de problemas?

Tuve que reconocer que aquello parecía algo disparatado. Disparatado y, sin embargo, interesante.

Bostecé y me rasqué la cabeza.

—¡Ay! —Me había rozado con la mano uno de aquellos dolorosos chichones que me habían hecho Barry, Marv y Karl.

Aquella punzada me ayudó a tomar una decisión. Estaba totalmente dispuesto a cambiar algunas cosas.

No quiero que me sigan pegando durante el resto de mi vida, me dije, ni quiero continuar estrellándome contra las farolas. Ni tampoco ser siempre el último que elijan para el equipo.

Cogí una hoja de papel y copié la dirección de la pantalla. Entonces me di cuenta de que Vacaciones Intercambio se hallaba tan sólo a unas manzanas de mi colegio. Sabía exactamente dónde

estaba. Podía pasar por la oficina el día siguiente.

Voy a ir a que me informen, decidí.

Tomar una decisión así hizo que me animara un poco. Cuando bajé al comedor ya casi estaba de buen humor. Pero no me duró mucho. Al sentarnos todos a la mesa para cenar, mi padre vio que tenía la cara destrozada.

—¡Gary! —exclamó—. ¿Pero se puede saber qué te ha pasado?

—Bueno —respondí—, he tenido un pequeño accidente con la bici.

Me estremecí al pronunciar la palabra «bici». Pensaba en aquella cosa abollada, en aquella chatarra que había dejado en un rincón del garaje.

—De eso nada —repuso mamá—. Estoy segura de que te has vuelto a pelear con esos chicos del barrio. ¿Es que no podéis resolver vuestras diferencias sin pegaros?

Krissy empezó a reírse de tal modo que por poco se atraganta con el atún.

—¡Gary no tiene ninguna diferencia con esos tipos, mamá! —replicó—. ¡Lo que pasa es que a ellos les encanta pegarle!

Mi madre movió la cabeza enfadada.

—¡Bueno, pues esto ya no puede ser! —exclamó—. ¡Ahora mismo voy a llamar a los padres de esos chicos y les voy a cantar las cuarenta!

Protesté enérgicamente.

—Mamá, de verdad que he tenido un accidente con la bici. Si no me crees ves a comprobarlo al garaje.

A partir de ese momento mi padre me creyó. Entonces empezó a sermonearme: que si la seguridad y la bicicleta, que si debería haber llevado puesto el casco y que si iba a tener que pagar de mi bolsillo la reparación de la bici.

Al cabo de un rato, dejé de prestarle atención. Mientras le daba vueltas a la comida en el plato, sólo pensaba en el proyecto de cambiar mi vida gracias a Vacaciones Intercambio.

Cuanto más pronto mejor, pensé. Cuanto antes me largue de aquí, mucho mejor estaré.

Acabamos de cenar y yo subí a mi habitación a seguir jugando con el ordenador. Me entretuve con el *Planet Monstro* hasta la hora

de dormir.

Intenté darle al dragón en el entrecejo pero a pesar de seguir los consejos de «Ted de Ithaca» no lo conseguí. El dragón me comió veintitrés veces.

Al final lo dejé y me metí en la cama. Estaba tan hecho polvo que me empezó a invadir el sueño enseguida. Me di la vuelta, me tapé con la manta hasta la barbilla y me hice un ovillo. Entonces toqué algo con el pie derecho.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Qué hay ahí abajo?

Notaba cómo me latía con fuerza el corazón. Lentamente, volví a mover el pie.

—¡Aaaaaaah! —Se me pusieron los pelos de punta.

Salté de la cama y pegué un grito de espanto.

6

Rápidamente quité las mantas de la cama. La débil luz que entraba por la ventana me permitió ver la rata: era gorda y peluda, y sus ojos rojos brillaban al mirarme.

Volví a chillar.

Luego, oí una carcajada. Era Krissy riéndose.

No podía ser. Me acerqué al interruptor y encendí la luz. Efectivamente, la rata seguía mirándome desde la cama, pero ahora ya la reconocía. Era uno de los juguetes preferidos de Claus: una rata gris de goma. Abajo, en su habitación, Krissy se desternillaba de risa.

—¡Me las vas a pagar, enana! —vociferé. Pensé en bajar y darle cuatro tortazos pero pronto abandoné la idea.

A pesar de que Krissy tiene sólo nueve años, es una niña muy fuerte. Existían bastantes posibilidades de que me pegara ella a mí.

Refunfuñando, cogí la rata y la tiré a un rincón de mi cuarto. Después, lleno de rabia y sintiendo cómo el corazón me golpeaba en el pecho, apagué la luz y me volví a meter en la cama.

Mañana, me prometí en la oscuridad de la habitación. Mañana, tú, Gary Lutz, vas a ir a comprobar de qué va ese anuncio y a averiguar si puedes cambiar de vida. Aunque sólo sea por una semana ¡seguro que es mejor que esta desgraciada vida que tienes ahora!

Al día siguiente cumplí mi promesa. Después de desayunar, recorrí las seis manzanas que me separaban de Roach Street. Al llegar a la calle empecé a mirar los números. Buscaba el 113.

Supongo que esperaba encontrarme con un edificio de oficinas de ésos grandes y acristalados. Pero cuando por fin di con el número 113, vi que se trataba de un local pequeño y gris que me recordaba a la consulta de mi dentista. Había un pequeño letrero que decía:

VACACIONES INTERCAMBIO

Sala 2-B

Abrí la puerta y subí unos cuantos escalones. A continuación abrí otra y entré en una especie de sala de espera decorada con una moqueta beige y sillas marrones de piel.

Había una mujer morena sentada detrás de un cristal. Sonrió al verme y me aproximé a hablar con ella.

—¡Buenas tardes! —me saludó a través de un micrófono.

Pegué un brinco. Aunque la mujer estaba enfrente de mí, la voz había salido de un altavoz que había en la pared.

—¡Ah!... bue... —tartamudeé nervioso—. Es sobre el mensaje del boletín de anuncios electrónico.

—¡Ah, sí! —replicó la mujer sonriendo de nuevo—. Muchas personas nos conocen a través del ordenador. Disculpa que te atienda desde detrás del cristal pero es que el material que tenemos es tan delicado que debemos protegerlo a toda costa.

Atisbé por encima del hombro de la mujer. Se veían brillar unos estantes metálicos y había también muchos aparatos electrónicos: monitores, pantallas de vídeo, aparatos de rayos X y varias cámaras. Parecía una imagen sacada de *Star Trek*.

Sentí de repente como una especie de opresión en el estómago. A lo mejor no es una buena idea, pensé.

—A... a usted seguramente no le gusta que haya niños curioseando por aquí —farfullé.

Empecé a retroceder hacia la puerta.

—En absoluto —repuso—. Muchos de nuestros clientes son chicos jóvenes como tú. Hay bastantes niños interesados en intercambiar sus vidas con otros durante una semana. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Gary. Gary Lutz.

—Encantada de conocerte, Gary. Yo soy Karmen. ¿Cuántos años

tienes? ¿Doce?

Asentí con la cabeza.

—Ven un momento —dijo la señora Karmen haciéndome una señal con la mano.

Me acerqué con cautela hasta la cabina de cristal. Ella abrió una pequeña ranura en la parte inferior y pasó por allí un libro. Lo cogí y vi que se trataba de un álbum de fotos como el que tienen mis padres del día de su boda. Lo abrí y empecé a hojearlo.

—¡Son niños! —exclamé— y todos más o menos de mi edad.

—Exactamente —observó la señora Karmen—. Cada uno de ellos quiere intercambiar su vida con la de otro niño durante una semana.

—¡Vaya!

Seguí examinando el álbum. Muchas de aquellas fotos mostraban a chicos que parecían grandes y fuertes. A chicos como éstos no les asustará nada, me dije. Me pregunté cómo se sentiría uno siendo alguno de ellos.

—Puedes elegir al chico —o incluso a la chica, si quieres— con quien te gustaría intercambiar tu casa durante una semana —continuó la señora Karmen.

—¿Pero esto cómo funciona? —pregunté—. ¿Yo voy a casa de alguien, duermo en su habitación y me quedo allí durante una semana? Y luego, ¿voy a su colegio?, ¿me pongo su ropa?

La mujer se echó a reír.

—Es mucho más interesante que todo eso, Gary. Con nuestras vacaciones especiales te conviertes realmente en la otra persona durante una semana.

—¿Eh?

—Nosotros contamos con un sistema seguro e indoloro —me explicó— para trasladar la mente de una persona al cuerpo de otra. O sea, tú sabrás que eres realmente tú, pero nadie te podrá reconocer. ¡Ni siquiera los padres del otro chico!

Todavía seguía un poco desconcertado.

—Pero... ¿y qué pasa con mi cuerpo? ¿Lo guardan ustedes aquí?

—No, no. Vacaciones Intercambio encontrará a alguien que quiera ocupar tu cuerpo durante esa semana. ¡Tus padres no sabrán nunca que te has ido!

Le eché un vistazo a mi delgaducho cuerpo y me pregunté quién lo querría tomar prestado durante una semana. La señora Karmen se inclinó hacia delante en la silla.

—Bien, ¿qué te parece? ¿Te interesa, Gary?

Clavé la vista en aquellos ojos castaños y tragué saliva. Empezaba a notar un sudor frío. Todo aquello era muy extraño. Me ponía la carne de gallina.

—Bueno —contesté—. No sé. Es que no estoy seguro.

—No te preocupes —dijo la señora Karmen—. La mayoría de la gente tarda algún tiempo en hacerse a la idea de un cambio de cuerpo. Puedes pensártelo todo lo que quieras.

Sacó una pequeña cámara.

—Pero mientras tanto, ¿te importa que te haga una foto? Así podremos averiguar si hay alguien interesado en ocupar tu cuerpo durante una semana.

—Bueno, supongo que no hay problema —respondí.

La señora Karmen disparó la foto al tiempo que aparecía la luz del flash.

—Pero todavía no estoy seguro de querer hacerlo.

—No estás obligado a nada —repuso ella—. ¿Por qué no hacemos una cosa? Rellenas un formulario con todos tus datos, luego pondré tu foto en nuestro álbum y cuando encontremos a alguien que quiera cambiarse contigo, te llamaré para ver si te has decidido.

—De acuerdo —contesté.

¿Qué mal podía haber en eso?, me pregunté. ¡Ella no encontraría jamás a nadie que quisiera estar en mi cuerpo una semana!

Me pasé unos minutos rellenando el formulario. Tuve que escribir mi nombre y dirección y después anotar qué aficiones tenía, qué tal me iba en el colegio y cosas así. Cuando acabé se lo entregué a la señora Karmen, me despedí de ella y me marché.

Recorrí la mayor parte del camino hasta casa sin problemas. Cuando me faltaba todavía una manzana y media para llegar, tropecé con las tres personas que más aborrezco en este mundo: Barry, Marv y Karl.

—¡Hey, tíos! —gritó Barry esbozando una desagradable sonrisa

—. El Cara de avestruz se ha levantado y está dando una vuelta. Eso quiere decir que ayer no le pegamos como debimos.

—No —protesté yo—. Me pegasteis muy bien, de verdad, chicos, que me pegasteis cantidad de bien.

Me temo que no me creyeron. Todos se me echaron encima al mismo tiempo. Cuando por fin acabaron —unos cinco minutos más tarde— yo estaba tirado en el suelo, con un ojo hinchado y viendo cómo se alejaban.

—¡Que tengas un buen día! —me gritó Marv. Los tres caminaban descoyuntándose de risa.

Me incorporé y golpeé el suelo con el puño con rabia.

—¡Estoy harto! —gemí—. ¡Quiero ser otra persona, cualquier otra persona!

Con mucho cuidado, pues me dolía todo el cuerpo, me fui poniendo de pie.

—Lo voy a hacer —decidí—. Y nadie me lo va a impedir. Mañana llamaré a Vacaciones Intercambio. Quiero que me pongan en el cuerpo de otro. ¡Tan pronto como puedan!

7

Me pasé los siguientes días cambiándome las tiritas y esperando que la señora de Vacaciones Intercambio me llamara. Al principio iba corriendo a coger el teléfono cada vez que sonaba. Pero, por supuesto, nunca era para mí. Casi siempre era alguna de las estúpidas amigas de Krissy que llamaban para cotillear y reírse como unas tontas.

Una tarde estaba leyendo un libro de ciencia ficción en el lugar de siempre, detrás del arce, cuando oí algo. Asomé la cabeza.

Por supuesto, era el señor Andretti caminando por el césped. Llevaba puesto el traje de apicultor. Se dirigía hacia el lugar donde tiene las abejas, detrás del garaje. Cuando llegó, empezó a abrir las puertecillas de las colmenas.

Bzzzzzz.

Me tapé los oídos pero seguía oyendo el ruidoso y monótono zumbido. ¡Cómo odiaba aquel sonido! Me daba un miedo espantoso. Estaba temblando, así que pensé que era el momento de volver a casa. Al ponerme de pie, algo pasó por delante de mi nariz a la velocidad de una bala. ¡Una abeja!

¿Se estaban escapando de verdad las abejas esta vez?

Aspiré un poco de aire y eché una mirada a la casa de Andretti. Casi me quedé sin respiración. Había un enorme agujero en la tela metálica que rodeaba la zona donde estaban las colmenas.

¡Montones de abejas se estaban escapando por allí!

—¡Ah! —exclamé. Una abeja se había posado cerca de mi oreja y zumbaba ruidosamente.

La espanté de un manotazo y me fui corriendo para casa. En un momento de locura pensé incluso en llamar a la policía o al servicio de urgencias. Pero tras cerrar la puerta trasera de golpe, escuché un sonido demasiado familiar.

—¡Ja, ja, ja!

Una vez más el señor Andretti se estaba riendo de mí. Me di un puñetazo en la mano. ¡Dios, cómo me gustaría aplastarle la nariz a ese tipo!, pensé.

El teléfono interrumpió mis pensamientos.

—¡Dejadme en paz un rato! —protesté dando grandes zancadas para ir a cogerlo—. ¿Es que los tontos amigos estos de Krissy no tienen nada mejor que hacer que hablar por teléfono todo el día?

—¿Qué quieres? —gruñí tras descolgar el auricular.

—Gary, por favor —dijo una voz de mujer—. ¿Gary Lutz?

—¡Eh,... sí! —respondí sorprendido—. Soy yo.

—¡Hola, Gary! Soy Karmen de Vacaciones Intercambio. ¿Me recuerdas?

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—Sí, la recuerdo —contesté.

—Bien, pues si todavía te interesa, te comunico que te hemos encontrado una pareja.

—¿Una pareja?

—Pues sí —continuó la señora Karmen—. Hemos encontrado un chico al que le gustaría intercambiar el cuerpo contigo durante una semana. ¿Qué te parece?

Dudé durante unos segundos. Pero entonces, al mirar hacia la puerta trasera de la cocina, vi que una gorda abeja se lanzaba contra la parte exterior de la puerta de rejilla.

—¡Jo, jo, jo!

La desdeñosa risa del señor Andretti resonaba por todo el jardín. Fruncí la boca.

—Muy bien —dije con firmeza—. Me parece muy bien. ¿Cuándo podemos hacer el intercambio?

—Bueno, podemos hacerlo ahora mismo si tú quieres —respondió la señora Karmen.

Mientras reflexionaba, el pulso se me iba acelerando. Mis padres estarían fuera toda la tarde y Krissy se había ido a jugar a casa de

una amiga. El momento era perfecto. ¡No volvería a tener otra oportunidad como aquélla!

—¡Vale, de acuerdo! —exclamé.

—¡Estupendo, Gary! Estaré en tu casa dentro de unos veinte minutos.

—Muy bien, aquí la espero.

Los siguientes veinte minutos me parecieron eternos. Mientras esperaba no paré de pasearme de un lado a otro de la sala de estar. Me preguntaba cómo sería mi nuevo cuerpo. ¿Y cómo serían mis nuevos padres? ¿Y mi casa? ¿Y mi ropa? ¿Podría incluso tener amigos?

Cuando llegó la señora Karmen ya estaba histérico. Sonó el timbre y yo tenía las manos tan sudorosas que apenas si pude girar el pomo para abrirle la puerta.

—Vamos a la cocina —sugirió la señora Karmen—. Quisiera colocar el material encima de una mesa.

La guié hasta allí.

Abrió una pequeña maleta y sacó de ella unas cajas negras que contenían unos monitores.

—Bueno, ¿y quién es ese chico que quiere cambiarse conmigo? —pregunté.

—Se llama Dirk Davis.

¡Dirk Davis!, me dije emocionado. Hasta el nombre era guay.

—¿Qué aspecto tiene?

La señora Karmen abrió un álbum de fotos de color blanco.

—Aquí tienes su foto —contestó, pasándomela.

Tenía ante mis ojos la foto de un chico alto, rubio y atlético que llevaba puestos unos pantalones negros de ciclista y una camiseta azul de deporte. Me quedé pasmado ante aquella imagen.

—¡Si parece un surfista o algo por el estilo! —exclamé—. ¿Cómo es posible que quiera cambiar su cuerpo por el mío? ¿Es una broma?

La señora Karmen sonrió.

—Bueno Gary, para ser sinceros, no es exactamente tu cuerpo lo que a él le interesa de ti sino tu mente. ¿Sabes?, Dirk necesita a alguien que sea bueno en matemáticas. Tiene que hacer varios exámenes en la escuela de verano y son muy difíciles. Quiere que tú

los hagas por él.

—¡Oh! —exclamé. Me sentí más tranquilo—. Bueno, yo suelo hacer bastante bien los exámenes de matemáticas.

—Sí, ya lo sabemos, Gary. En Vacaciones Intercambio nos informamos muy bien. Tú eres muy bueno en matemáticas y Dirk lo es con el monopatín.

Me senté a la mesa.

Bzzzzzz.

Una abeja zumbaba precisamente bajo mi nariz.

—¡Ah! —chillé dando un brinco hacia atrás—. ¿Cómo ha conseguido entrar aquí esta abeja?

La señora Karmen, que estaba ocupada con el material, levantó la vista.

—La puerta trasera está entreabierta. Ahora, por favor, siéntate e intenta relajarte. Tengo que ponerte esta cinta en la muñeca.

Me senté no sin echar antes una ojeada nerviosa a la puerta. La señora Karmen me puso una tira negra alrededor de la muñeca. Después empezó a manipular los cables de uno de los aparatos.

Bzzzzzz.

Otra abeja pasó por delante de mí y me moví inquieto en la silla.

—Por favor, Gary, estate quieto, si no el equipo no funcionará.

—¿Quién puede estarse quieto con todas estas abejas volando por aquí? —objeté.

Fruncí el entrecejo. Tres gordas abejas se paseaban por encima de la mesa.

Bzzzzzz.

Otra pasó muy cerca de mi ojo derecho.

—¿Qué pasa con estas abejas? —empezaba a asustarme de verdad.

—No les hagas caso —replicó la señora Karmen— y no te molestarán.

Hizo un ajuste más en el aparato.

—Además, a Dirk Davis no le dan miedo las abejas. ¡Y tan pronto como apriete este botón, a ti tampoco te lo darán!

—¡Pero...!

¡Zzaaaapppp!

Ante mí apareció una intensa y brillante luz blanca.

Intenté gritar pero casi no podía ni respirar.

La luz se volvió más y más brillante. Luego me hundí en un profundo pozo de oscuridad.



Algo iba mal.

Volvía a distinguir los colores pero de modo impreciso. Todo aparecía borroso ante mí. Me esforzaba en ver los objetos con claridad pero daba la impresión de que no podía fijar la vista en nada concreto.

Tampoco me sentía muy bien con mi nuevo cuerpo. Estaba tendido de espaldas y me sentía ligero como una pluma, tan ligero qué hubiera podido flotar.

¿Sería éste el alto y musculoso cuerpo de Dirk Davis? Desde luego no lo parecía.

¿Me habían tomado el pelo?, me pregunté. ¿Es que la foto de Dirk Davis estaba trucada y en realidad él era mucho más bajo de lo que parecía en el álbum?

Alargué una mano e intenté tocarme el estómago. Notaba también una sensación extraña en la mano. Era pequeña y, además, parecía que el brazo lo tuviera doblado en varios sitios al mismo tiempo.

¿Qué pasa?, me pregunté temblando de miedo.

¿Por qué me siento tan raro?

—¡Aahh! —grité cuando finalmente conseguí tocarme el cuerpo.

¡Puaj! Tenía la piel blandengue y cubierta de una especie de pelusilla.

—¡Socorro, señora Karmen! ¡Socorro! ¡Algo va mal!

Intenté gritar pero algo le pasaba a mi voz. Me salía una voz diminuta y chillona, como la de los ratones.

Me puse boca abajo y probé a levantarme. Separé los brazos para no perder el equilibrio.

¡Me quedé de piedra al ver que no tocaba con los pies en el suelo!

¡Estaba volando!

—¿Pero qué me está pasando? —grité con mi chillona vocecita.

Volé hacia delante y choqué contra un armario de la cocina.

—¡Ay! ¡Socorro!

Moví aquellos nuevos y extraños brazos y observé que podía controlar la dirección del vuelo. Noté que unos extraños músculos de la espalda se ponían en movimiento. Quise probarlos y me fui volando hasta la, ventana de la cocina.

Agotado, aterricé en el alféizar. Giré la cabeza hacia un lado. Entonces fue cuando me pegué un susto de muerte.

¡En el cristal de la ventana se veía reflejada la imagen de un horrible monstruo!

Aquel ser tenía dos enormes ojos y me miraba furioso.

Intenté gritar pero estaba tan aterrorizado que no pude emitir ningún sonido.

¡Tengo que salir de aquí!, decidí.

Moví los pies y empecé a correr. El monstruo del cristal hizo lo mismo.

Me paré y le miré. El monstruo se detuvo y me miró también.

—¡Oh, no! ¡No, por favor! —dije—. ¡Que no sea verdad!

Estiré los brazos e hice ademán de taparme los ojos. El ser de la ventana hizo lo mismo.

Y de pronto supe la horrible verdad. ¡El monstruo del cristal era yo!

La señora Karmen se había equivocado, se había equivocado por completo. ¡Y ahora yo estaba atrapado en el cuerpo de una abeja!



No sé cuánto tiempo me quedé allí.

No podía dejar de contemplar aquella imagen.

Me estuve allí, esperando poder salir de aquella pesadilla. Esperando que en algún momento pestañearía y me encontraría ya dentro del alto y musculoso cuerpo de Dirk Davis.

Pero no ocurrió nada de eso. Mi aspecto siguió sin parecerse para nada al de Dirk.

Tenía dos enormes ojos —uno a cada lado de la cabeza— y dos finas antenas que me salían de la frente. La boca, repugnante, contenía una especie de lengua. Pronto descubrí que la podía mover en cualquier dirección y alargarla o acortarla a mi antojo. No quise probarla de momento. El cuerpo se hallaba cubierto de un espeso pelo negro y contaba con tres patas a cada lado. ¡Sin olvidar las alas que me salían de la espalda!

—¡Maldita sea! —vociferé—. ¡Me he convertido en un bicho! ¡Un bicho asqueroso y peludo! ¡Señora Karmen, ayúdeme! ¡Algo ha salido mal!

Creeeak.

¡Slam!

¿Qué había sido eso?

¡Oh, no! Me di cuenta de que la señora Karmen acababa de salir por la puerta de la cocina.

—¡No! ¡Espere! ¡Espere! —grité con aquella vocecita chillona. ¡La señora Karmen era mi única esperanza!

Tenía que alcanzarla. ¡Tenía que contarle lo que había pasado!

—¡Señora Karmen! —chillé—. ¡Señora Karmen!

Sin perder un minuto, salí volando de la cocina y llegué a la sala de estar. A través de la ventana pude ver que su coche seguía aparcado delante de casa.

Pero la puerta principal estaba cerrada y las abejas no pueden abrir puertas. ¡Estaba encerrado en mi propia casa!

¡La puerta trasera!, recordé. La señora Karmen había dicho que estaba entreabierta.

¡Sí! ¡Por allí era por donde habían entrado todas aquellas abejas!

Agité las alas y volví a la cocina. Noté que cada vez controlaba más el modo en que volaba. Pero eso no me importaba mucho en aquel momento. Todo lo que sabía era que tenía que alcanzar a la señora Karmen antes de que se marchara.

Me precipité por la rendija de la puerta trasera.

—¡Señora Karmen! ¡Señora Karmen! —vociferaba yo mientras volaba hacia la parte delantera de la casa—. ¡Socorro! ¡Se ha equivocado! ¡Soy una abeja! ¡Ayúdeme!

Mi voz sonaba tan bajita que no me oía. Abrió la puerta del coche y se puso al volante. ¡La única posibilidad que tenía de volver a llevar una vida normal estaba a punto de desaparecer!

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía llamar su atención?

Rápidamente se me ocurrió una idea. Salí volando en dirección a su cabeza.

—¡Señora Karmen! —le chillé al oído—. ¡Soy yo, Gary!

La señora Karmen gritó sobresaltada. Luego me dio un manotazo. Bien fuerte.

—¡Ay!

Me estremecí de dolor. La fuerza del golpe me lanzó contra la calzada.

Sacudí la cabeza para ver si podía vislumbrar algo. Entonces fue cuando me di cuenta de que contaba con un grupo más de ojos: unos ojillos que formaban una especie de triángulo en lo alto de la cabeza. Los utilicé para mirar hacia arriba.

Acto seguido pegué un grito de horror.

Estaba viendo cómo una rueda se aproximaba hacia mí. La señora Karmen estaba a punto de pasar con el coche por encima de mí. ¡Me iban a aplastar cual bicho miserable!

10

—¡Ah! —Me quedé totalmente petrificado por el miedo.

A pesar de que aquellos ojos de abeja no me permitían ver con claridad, podía distinguir los profundos surcos de la rueda a medida que ésta se iba aproximando.

Estaba cada vez más y más cerca.

¡Tengo que moverme!, me dije.

¡Vuela, vamos! ¡Vuela!

Pero estaba tan aterrorizado que no podía recordar cómo utilizar mis nuevos músculos.

¡Me van a aplastar!, pensé.

Emití un último y débil chillido.

El coche se detuvo.

—¡Eh! —Me temblaba todo el cuerpo pero, no sé cómo, conseguí levantarme y salir volando.

Sí. Por fin estaba volando.

Vi a la señora Karmen en el coche. Se estaba poniendo el cinturón de seguridad. ¡Se había parado para ponerse el cinturón!

¡Vaya! ¡Pues es verdad que el cinturón de seguridad te puede salvar la vida!, me dije.

La llamé pero no me oyó. El coche se alejó. No aparté la vista de él hasta que se convirtió en una forma borrosa.

Agotado y lleno de miedo, volé hasta una lila cercana y me posé en una hoja.

¡Por poco!, me dije mientras recobraba el aliento. ¡Me van a matar aquí fuera!

Un gusano verde subía por un tallo próximo. Cuando llegó a la hoja donde yo descansaba, se puso a mordisquearla ruidosamente. No me había fijado en los gusanos hasta ese momento. Así, de cerca, son feos de verdad. Recuerdan un poco a los dragones, sólo que dan más miedo.

—¡Vete! —chillé con mi vocecita.

El gusano ni siquiera giró la cabeza. Quizá no me oyó.

Me olvidé por completo de él al escuchar unos pasos que venían del camino de casa. Volví la cabeza y miré con uno de los ojos laterales.

—Mamá —grité—. ¡Estoy aquí, mamá!

No se enteró. Subió deprisa las escaleras y entró en casa.

De repente sentí que me invadía una ola de tristeza. ¡Mi propia madre no me reconocía!

Desesperado, moví las alas y me alejé de la hoja. Me dirigí a la fachada principal de mi casa y empecé a revolotear delante de las ventanas. Ya sabía perfectamente cómo mover las alas para volar; sin embargo, la escena que vi dentro de casa bastó para que me cayera de nuevo al suelo.

¡Mi madre estaba en la sala de estar hablando conmigo! O por lo menos, eso era lo que ella creía. Sólo yo sabía que ese chico no podía ser yo. Yo estaba allí fuera. Pero entonces, ¿quién estaba dentro con mamá? ¿Había conseguido Dirk Davis entrar en mi cuerpo?

Me posé en el alféizar de una ventana y miré hacia dentro. Mamá estaba hablando. Mientras, el chico asentía con la cabeza y se reía. Le dijo algo a mamá. Si miraba más de cerca podría leerle los labios.

—¿Has comprado patatas fritas, mamá? Estoy muerto de hambre.

Quien decía eso tenía que ser Dirk hablando desde dentro de mi cuerpo.

Mamá le sonrió y le dio unas palmadas en el brazo. Le leí los labios y vi que la volvía a llamar «mamá». ¿Cómo podía hacer aquello? ¿Cómo podía llamar a mi madre «mamá»?

Si las abejas lloraran —y ahora sé que no lo hacen— me hubiera puesto a sollozar en ese mismo instante. ¿Quién se creía que era,

aquel chico? Por no hablar de mamá, porque ¿qué clase de madre tenía yo que ni siquiera se daba cuenta de que un completo extraño se había metido en el cuerpo de su hijo?

Al ver a mi otro yo y a mamá charlando en la sala de estar, me entró tal desesperación que empecé a golpear mi cuerpo de insecto contra la ventana como si me hubiera vuelto loco.

—¡Bzzz! —grité—. ¡Bzzz! ¡Bzzz! Soy yo, Gary. ¡Aquí! ¡Socorro!

Me estrellaba una y otra vez contra el cristal pero ninguno de los dos se daba cuenta.

Unos minutos después, mamá le trajo a mi nuevo yo una bolsa de patatas fritas. «Gary» abrió la bolsa y cogió un puñado. Al morder las crujientes patatas, cayeron unas cuantas migas en la moqueta de la sala de estar.

Entonces noté que tenía mucha hambre.

¿Pero qué comen las abejas?, me pregunté. Intenté recordar rápidamente todo lo que había leído acerca de estos insectos. Pensé en el hambriento gusano mascando la hoja. Pero estaba casi seguro de que las abejas no comían hojas.

Pero, entonces ¿qué comían? ¿Otros bichos? ¡Puaj! Me entraron escalofríos sólo de pensarlo. ¡Me moriría antes que comerme uno!

Me puse a revolotear por el jardín. Esperaba ver algo —cualquier cosa— que pudiera comer. Me estaba acostumbrando a mi nueva y extraña vista y estaba aprendiendo a utilizar mis distintos grupos de ojos.

Recordé algo que había leído una vez en un viejo libro de imágenes titulado *El gran libro de las abejas*. Decía que cada uno de los ojos de las abejas está formado por miles de lentes diminutas, pero que como no tienen pupilas no pueden ver los objetos con nitidez.

Interesante, pensé, aunque no me sirve de mucho. Si recordaba cosas sobre la vista de las abejas, ¿por qué no recordaba qué comían?

Me posé en otro arbusto. Necesitaba pensar. De pronto noté en el aire un maravilloso aroma. Volví la cabeza y vi una preciosa flor amarilla.

Entonces me acordé de algo más que había leído.

—Polen —dije en voz alta—. ¡Las abejas comen el polen que

extraen de las flores!

Entusiasmado, me puse a revolotear sobre la flor amarilla. Traté de abrir la boca pero recordé que ya no tenía mi antigua boca. En lugar de eso, tenía una larga y extraña lengua. Pero ¿cómo se suponía que tenía que usarla para extraer aquella cosa de la flor?

No tenía ni idea.

Seguí revoloteando. Al cabo de un momento noté que me sentía muy débil. Si no conseguía algo de comida pronto, me iba a desmayar.

Empezaba a marearme. Ya casi no sabía dónde estaba.

Me sentía aturdido, desorientado. Empecé incluso a preguntarme si de verdad había sido alguna vez un chico. A lo mejor había sido siempre una abeja y simplemente había soñado que era un niño.

¡Slam!

El ruido de una puerta de coche al cerrarse me sacó de mi confusión. Giré la cabeza para mirar.

¡Papá!

Estaba cerrando la puerta del garaje. Luego echó a andar por el camino en dirección a la puerta trasera de casa.

—¡Papá! —grité—. Papá. Soy yo. ¡Gary! ¡Socorro!

—¡Hola, Gary! —dijo papá.



—¡Papá! ¡Me estás oyendo! —exclamé lleno de alegría—. ¡Papá tienes que ayudarme!

Se me cayó el alma a los pies cuando vi que papá pasaba de largo y empezaba a hablar con el falso Gary.

Furioso, me puse a revolotear alrededor de sus cabezas.

—Parece que Andretti ha perdido una de sus obreras —dijo papá bromeando.

Trató de ahuyentarme con el periódico doblado que llevaba. Por poco me dio. Me aparté de ellos rápidamente.

—Sí, es verdad —respondió el falso Gary entre risas y fingiendo saber de qué hablaba papá—. Andretti.

—Vamos a ayudar a preparar la cena —sugirió papá. Y apoyó una mano en mi antiguo hombro—. ¿De acuerdo, hijo?

—Claro, papá.

Como si hubieran sido los mejores amigos del mundo, papá y su farsante hijo cruzaron el jardín y abrieron la puerta de rejilla.

—¡Esperad! —chillé—. ¡Esperad!

Me lancé tras ellos cual cohete espacial. Pensé que si iba a toda velocidad, podría llegar antes de que cerraran la puerta y entrar. Corre, corre, corre...

¡Blam!

La puerta de rejilla se cerró de golpe, justo delante de mi cuerpecillo de abeja.

Una vez más, me hundí en un profundo pozo de oscuridad.

—¡Ohhhh! ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Sigo siendo una

abeja?

Aturdido, trataba de volver a la realidad. Cuando conseguí abrir los ojos, comprobé que seguía siendo una abeja —una pequeña, frágil, y ligeramente herida abeja— que se había librado por muy poco de ser aplastada por una puerta.

Estaba tendido boca arriba en el césped de nuestro jardín con las seis patas ondeando en el aire.

—¡Era un patoso como ser humano y soy un patoso como abeja! —me lamenté. Intenté darme la vuelta—. Hace sólo una hora que soy una abeja y han estado a punto de matarme dos veces.

De pronto supe lo que tenía que hacer. Tenía que ir a la oficina de la señora Karmen y contarle lo que había pasado.

No sabía si podría hacerlo pero sabía que debía intentarlo.

Así, di un pequeño gruñido y haciendo un gran esfuerzo conseguí ponerme boca abajo. Utilizando los cinco ojos miré en qué condiciones estaba mi cuerpo. Las alas parecían estar bien y todavía contaba con las seis patas.

—Muy bien —me dije—. Puedes hacerlo. Sólo tienes que volar hasta la oficina de Vacaciones Intercambio y entrar.

Batí las alas y comencé a alzar el vuelo. Pero apenas me había levantado unos centímetros del suelo cuando escuché algo que me dejó helado.

Era Claus, el gato. Sacó sus largas y afiladas uñas y pegó un salto.

Me puse a chillar al ver que se arrojaba sobre mí, me cogía con una de las garras y me apretaba entre las uñas.

12

El gato me tenía aprisionado entre las uñas y había abierto su horrible y enorme boca.

¡Pícale! ¡Pícale!

Esas palabras se repetían sin cesar en mi mente. Pero algo me contenía. Algo me decía que no debía picarle.

Recordé de pronto algo más que había leído en *El gran libro de las abejas*. ¡Las abejas mueren una vez que han picado a alguien!

¡Ni hablar!, pensé. Todavía esperaba salir vivo de todo aquello y volver a mi antiguo cuerpo.

Por lo tanto, si no podía utilizar el aguijón, tendría que utilizar en su lugar el ingenio.

Claus cerró de golpe su bocaza rechinando con fuerza los dientes. Bajó la cabeza dispuesto a lanzarse sobre su peludo premio: es decir, yo.

Pero justo en ese instante, logré escaparme de sus uñas y esquivar aquellos dientes.

Traté de salir volando a toda prisa pero el gato me alcanzó con una de sus garras y me tiró al suelo.

Claus estaba jugando conmigo como si yo hubiera sido uno de aquellos ratones de juguete que Krissy le regalaba siempre en Navidad.

Hice un último esfuerzo y extendí las alas. Subí un poco y me puse a volar lo más rápido que pude. Eché un vistazo para atrás con uno de los ojos y vi que había dejado al perplejo gato sentado en la hierba.

Durante unos segundos, experimenté una maravillosa sensación de triunfo.

—¡Lo conseguiste, Gary! —me felicité—. ¡Tú, una minúscula abejilla has logrado plantarle cara a un enorme y cruel gato!

Estaba tan satisfecho de mí mismo que decidí dar unas cuantas vueltas para celebrarlo. Extendí completamente las alas y comencé a volar lentamente, dibujando un gran círculo en el aire.

¡Plof!

¡Oh, no! ¿Y ahora qué pasaba?

¡Había chocado contra algo! ¿Pero qué era? No se trataba de algo duro como una pared o un árbol, era más bien blando y se te pegaba como si fuera un tejido. Los pies se me habían enganchado en aquella cosa y yo trataba con todas mis fuerzas de desengancharme. Empujaba, me movía de un lado a otro, pero tenía las patas enredadas.

Estaba atrapado.

—¡Ja, ja, ja!

Aquellas risotadas hicieron que me estremeciera de arriba abajo. De repente, descubrí dónde estaba.

Andretti me había cogido con la red.

Desesperado, me desplomé contra aquella malla blanca.

Sabía perfectamente qué iba a pasar. Andretti me metería en una colmena y no volvería a salir de allí jamás.

13

—¡Es hora de volver a casa pequeñas! —decía el señor Andretti —. Como decía el poeta: volverán las oscuras abejas, de mis colmenas sus...

Se echó a reír. Le parecía graciosa aquella tontería.

—De mis colmenas sus... ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya! Sus... ¿qué?

Bzzzz.

Aquel zumbido tan fuerte significaba que no era la única abeja que Andretti había capturado con la red. Efectivamente, con el ojo derecho estaba viendo una abeja que era igual que yo. En un instante, ésta se plantó frente a mí y agitó sus antenas en mi cara.

¡Aaaaah! ¡Qué monstruo!

Las patas me temblaban de miedo. Giré y giré sobre mí mismo tratando de alejarme de aquel bicho.

Conseguí, por fin, ponerme del otro lado pero entonces vi que tenía otra abeja justo delante. Y otra y otra. Cada una de ellas me parecía más terrorífica que la anterior.

¡Todas tenían unos enormes ojos saltones y unas horripilantes antenas! ¡Y todas me miraban amenazadoras mientras zumbaban!

El espeluznante zumbido iba haciéndose cada vez más fuerte ya que el señor Andretti no paraba de capturar abejas con la red. De pronto, la red empezó a agitarse. Arriba y abajo, arriba y abajo — como un violento terremoto— hasta que llegó un momento en que ni siquiera podía pensar con claridad.

Con el movimiento, perdí el equilibrio y fui a caer al fondo de la red, encima de un enorme y alborotado grupo de abejas.

—¡Aaaah!

Tropecé con el montón de peludos insectos. Me tambaleé aterrorizado y entonces empezaron a caer sobre mí abejas y más abejas.

¡Aquello era una pesadilla!

Nunca en mi vida había estado tan asustado: no cesaba de dar chillidos con mi vocecita. Intenté subir por un lado de la red pero tenía los pies aplastados bajo el cuerpo de una abeja. ¡Cómo odiaba el tacto de su repugnante pelo!

Estaba aterrorizado y sabía que debía escapar de allí. Tema que salir. Tenía que llegar hasta la oficina de la señora Karmen y pedirle que me ayudara.

Entonces se me ocurrió la más horrorosa de las ideas. Si no podía escapar, descubrí de repente, ¡seguiría siendo una abeja para el resto de mi vida!

Estábamos ya atravesando el jardín del señor Andretti. Yo temblaba de miedo y había empezado a zumbar. ¿Cómo era posible que me hubiera pasado aquello?, me preguntaba. ¿Cómo había sido tan estúpido de querer intercambiar mi cuerpo con el de otra persona? ¿Por qué no me había bastado con el cuerpo que ya tenía y que era perfecto?

Mi vecino abrió la puerta del recinto donde tenía las colmenas.

—Ya hemos llegado, pequeñitas —susurró.

La red empezó a moverse y deduje que el señor Andretti le estaba dando la vuelta poco a poco. Nos fue sacando una a una del fondo de la red y colocándonos dentro de las colmenas.

Cuando Andretti cogía a alguna de las abejas —sus prisioneras— ésta empezaba a zumbar con todas sus fuerzas. Finalmente, me llegó el turno y mi vecino se dispuso a sacarme de la red.

Cuando vi la punta de sus dedos buscándome, retrocedí y me aferré a la red. Recordé entonces cómo alardeaba de no usar guantes porque sus abejas «confiaban» en él.

Vi cómo alargaba los dedos hacia mí.

Sería tan maravilloso hundir mi aguijón en su blanda y rolliza piel, pensé.

¿Debía hacerlo?

¿Debía picarle?

¿Sí?

14

No le piqué.

La verdad es que no quería morir.

Sí, todo me iba muy mal en aquel momento pero seguía aferrándome a un poco de esperanza.

A lo mejor conseguía escapar de algún modo de aquella prisión de abejas y recuperar mi verdadero cuerpo. No parecía demasiado probable pero estaba decidido a continuar intentándolo.

—Adentro, peludita —dijo el señor Andretti.

Abrió uno de los cajones de la colmena y me echó dentro.

—¡Ohhhh! —gemí.

No se veía nada. Me sentía desconcertado. ¿Hacia dónde debía ir? ¿Qué debía hacer?

El aire era cálido y húmedo. Mirara hacia donde mirara, por todas partes se oía aquel ensordecedor y monótono zumbido.

—¡No puedo soportarlo! —grité.

¡Aquel ruido me estaba volviendo loco!

Las abejas corrían de un lado a otro en medio de aquella oscuridad. Yo, en cambio, demasiado asustado para moverme, me quedé donde estaba.

Entonces me di cuenta de que todavía tenía mucha hambre. ¡Si no conseguía algo de comida nunca podría salir de allí!

Eché un vistazo a mi alrededor. Luego empecé a explorar aquel lugar. Con el ojo izquierdo pude ver que una abeja me miraba con hostilidad. Me quedé petrificado. ¿Se atacan las abejas unas a otras dentro de las colmenas?, me pregunté.

No recordaba haber leído nada sobre eso en el libro sobre las abejas. Sin embargo, aquélla parecía estar dispuesta a luchar.

—¡Déjame solo, por favor! —supliqué con mi vocecita—. ¡Déjame en paz!

La abeja seguía mirándome. ¡En mi vida había visto unos ojos tan enormes y con aquel aspecto tan fiero!

Empecé a retroceder muy despacio.

—Uh... —chillé nervioso—. Me tengo que ir. Yo... um... tengo que ir a trabajar.

La abeja abombó los ojos y agitó las antenas amenazadora. Estaba seguro de que pensaba picarme. Me di la vuelta y salí volando tan rápido como pude. Luego busqué un lugar donde esconderme.

Estaba tan asustado que era incapaz de moverme de aquel sitio. ¿Qué pasaría si me topaba con otra abeja? La imagen de lo que ocurriría si llegaba ese momento me resultaba insoportable.

Tenía que moverme. Tenía que encontrar algo de comida.

Temblando de miedo, salí de puntillas de mi escondite. Inquieto, eché una mirada asustada a mi alrededor.

En la pared opuesta un numeroso y sonoro grupo de abejas estaba construyendo algo. ¡Un panal!

Y donde había un panal, me dije, había miel.

Siempre he odiado esa cosa dulce y pegajosa, pero sabía que tenía que comerla. ¡Y enseguida!

Despacio y tan silenciosamente como pude, me acerqué a la pared y me uní a las abejas obreras. Miré de reojo y vi que estaban haciendo unas cosas asquerosas con la boca.

Primero, se arrancaban del abdomen, con las patas, unas escamitas de algo parecido a la cera. Luego, se llenaban la boca con ella y ponían en marcha las mandíbulas: arriba y abajo como maquinillas masticadoras. Por último, escupían la cera y la utilizaban para construir una parte del panal en el que estaban trabajando.

¡Puaj!, aquello era repugnante. ¡Qué asco!

Pero ¿qué otra opción tenía? Debería comer aquella miel, aunque estuviera cubierta de saliva de abeja.

Volví la cabeza y empecé a practicar: chupaba con la lengua arriba y abajo. Al final sorbí un buen montón de miel.

¡Sorprendente! Por primera vez en mi vida me gustaba aquella cosa. Enseguida empecé a tragar miel como si hubiera sido leche con chocolate.

Al cabo de un rato, ya manejaba bastante bien la lengua. Ésta, en realidad, tenía más de tubo combado que de lengua. Era la herramienta perfecta para tragar miel.

Pensé que si alguna vez volvía a salir al mundo exterior, sabría utilizarla correctamente y podría extraer el néctar y el polen de las flores. ¡Vaya! ¡Tal vez me convirtiera en la mejor obrera de toda la colmena!

Empecé a esbozar una sonrisa y casi me atraganto con la miel.

¿Pero qué me estaba pasando?

¿En qué estaba pensando? ¡Ya comenzaba a sentirme como una abeja!

Tema que salir de aquel lugar y antes de que fuera demasiado tarde.

Iba a buscar de inmediato el camino para salir de allí. Pero me sentí de repente tan cansado, tan increíblemente agotado...

¿Era a causa de la miel? ¿O quizás era la tensión acumulada por pasar tanto miedo?

Apenas si podía mantener los ojos abiertos. El monótono zumbido se iba haciendo cada vez más fuerte. Suspiré fatigado y me hundí en un montón de cuerpos peludos. Me sumergí en la cálida oscuridad de la colmena y en aquel zumbido continuo. Respirando el dulce aroma de la miel, me hundí junto a mis peludos hermanos y hermanas.

Ahora soy uno de ellos, me dije sin fuerzas. Ya no soy un chico. Soy una abeja. Una abeja que zzzzumba. Una abeja sumergiéndose en la cálida y oscura colmena. Mi hogar.

Hundiéndome... hundiéndome...

15

Me desperté sobresaltado. Traté de ahuyentar a una abeja que se me había acercado a la cara. Tardé unos instantes en recordar dónde me hallaba. Ya no estaba tumbado en el jardín preocupado por mantenerme lejos de aquellos insectos. Ahora era una abeja: ¡una abeja atrapada en una colmena!

Me puse de pie de un salto, di un paso y me encontré cara a cara con otra abeja. No sabía si era la misma que había visto la noche anterior pero parecía igual de furiosa. Aquellos ojos enormes y saltones me miraban rabiosos. Y su dueña se me acercaba poco a poco.

Rápidamente, di media vuelta y salí volando. Evidentemente, no tenía ni idea de adonde iba.

La colmena parecía estar formada por infinidad de largos y oscuros pasillos. Por todas partes, grupos de abejas hacían panales. Mientras trabajaban, su zumbido no se detenía ni un momento. ¡Aquél sonido me estaba sacando de mis casillas!

Comencé a buscar la salida. Caminé de un lado a otro, deambulé por aquí y por allá. Me recorrí todos los oscuros y pegajosos panales.

De vez en cuando, sacaba la lengua y cogía un poco de miel. Ya me estaba hartando de aquella cosa dulce, pero sabía que tenía que conservar las fuerzas si quería escapar de la colmena.

Mientras buscaba la salida, observé que cada abeja parecía tener asignado un trabajo: unas fabricaban los panales, otras cuidaban de los hijos de la reina y otras hacían diversas tareas. ¡Aquellos bichos

no paraban jamás! Eran como hormiguitas trabajando de la mañana a la noche.

Yo volaba como una flecha por aquel laberinto oscuro. Sin embargo, al cabo de un rato empecé a desanimarme.

No hay salida, pensé. Ninguna salida.

Entristecido, me posé en el pegajoso suelo de la colmena. Entonces, tres grandes abejas se pusieron frente a mí. Zumbaban furiosas a la vez que hacían chocar contra mí sus peludos y húmedos cuerpos. Se veía claramente que aquellas abejas estaban enojadas conmigo.

A lo mejor era porque no estaba haciendo mi «trabajo». ¿Pero cuál era mi trabajo? ¿Cómo podía decirles que no sabía lo que se suponía que debía estar haciendo?

Intenté escabullirme pero me cerraron el paso. Allí las tenía: tres malvadas abejas que me recordaban a Barry, Marv y Karl. Retrocedí al ver que una de ellas me apuntaba con el aguijón.

¡Se estaba preparando para matarme! ¡Y yo ni siquiera sabía por qué!

Pegué un grito y me di la vuelta en redondo. Salí corriendo por el estrecho pasillo a toda la velocidad que me permitían mis seis patas. Luego giré en una esquina.

—¡Oh!

Choqué con otra abeja. Por suerte iba tan rápido que casi ni me vio.

Respiré aliviado. Y entonces se me ocurrió una idea. ¿Adonde iba aquella abeja con tanta prisa? ¿Es que llevaba algo a algún lugar? ¿Iba a algún sitio que yo no había explorado todavía?

Decidí seguirla y averiguarlo. Necesitaba enterarme de todo lo que pudiera acerca de la colmena. Quizá, sólo quizá, me serviría de ayuda para escapar.

Corrí detrás de la abeja. Pensé que la encontraría enseguida pero ya se había alejado mucho. La busqué por entre los diferentes panales pero no hubo manera de encontrarla. Después de un rato, abandoné la búsqueda.

Tienes que seguir, «Lutz cara de avestruz», me regañé. Me sentía peor que nunca.

Saqué la lengua y sorbí una buena ración de miel. Eso me

permitiría continuar. Luego inicié de nuevo mi interminable exploración.

—¡Aaaalto!

Me paré al llegar a una zona que me resultaba familiar. Estaba casi seguro de que era el lugar en el que Andretti me había dejado cuando me metió en la colmena.

De pronto, un numeroso grupo de enojadas abejas se agolpó a mi alrededor.

—¡Hey! —protesté al notar que me empujaban hacia delante.

Me respondieron con un agudo y creciente zumbido.

¿Qué estaban haciendo? ¿Me atacaban? ¿Me iban a picar todas a la vez?

Me tenían rodeado. No podía escapar.

¿Y cómo podía yo luchar contra tantas abejas? Estaba perdido. Acabado. Suspiré derrotado, cerré los ojos y empecé a temblar.

Ya sólo esperaba que se lanzaran en tropel sobre mí.

16

Estaba esperando a que me aplastaran.

Pasaron unos segundos y abrí los ojos. Las iracundas abejas se habían apartado hacia un lado de la colmena. No me prestaban la más mínima atención. Vi que había una abeja que estaba interpretando una especie de danza en el suelo: saltaba, giraba, se balanceaba.

¡Qué extraño!, pensé. Las demás la miraban con mucha atención, como si aquello hubiera sido la cosa más interesante del mundo.

Yo no les importaba en absoluto, me dije. Lo que querían era quitarme de en medio para que esta abeja pudiera llevar a cabo su danza.

Me di cuenta de que había perdido mucho tiempo. Tenía que seguir buscando el camino para escapar de allí. Traté de apartarme del grupo de abejas pero había tantas que era imposible moverse.

La abeja danzaba cada vez más rápido. Movía el cuerpo hacia la derecha. Las demás abejas la miraban fijamente.

¿Qué pasaba?

En ese momento me vino a la cabeza algo que había leído en mi viejo libro sobre las abejas. Recordé que estos animales envían exploradoras para localizar la comida y que luego éstas «danzan» para indicarles a las demás dónde deben ir a buscarla.

Si la exploradora les estaba informando de dónde podían conseguir comida, es que había estado fuera de la colmena. ¡Eso significaba que tenía que haber un modo de salir de aquel lugar!

¡Estaba tan emocionado que estuve a punto de ponerme a bailar yo también!

Claro que no tuve oportunidad ya que, de repente, todas las abejas de la colmena se echaron a volar. Yo extendí las alas y seguí a aquel nubarrón de insectos. Enseguida formaron una única y ordenada fila y pasaron por un diminuto agujero que había en lo alto de la colmena. Di unas vueltas hasta encontrar el final de la hilera y me preparé para escapar.

¿Lo conseguiría?

Fui la última en atravesar el agujero y salir al exterior. Durante unos segundos contemplé cómo las demás abejas buscaban afanosamente néctar y polen. Sabía que era igual que ellas. Nuestra única diferencia era que mientras ellas regresarían encantadas a la colmena de Andretti yo procuraría no volver jamás.

—¡He salido! —exclamé alegremente con mi vocecita—. ¡He salido! ¡Soy libre!

Deslumbrado por la repentina luminosidad exterior, me puse a revolotear y revolotear por el recinto. A continuación me dirigí al agujero que había visto en la tela metálica cuando estaba todavía en mi verdadero cuerpo.

Sabía que estaba en la pared que da al jardín de mi casa. Volaba ya cerca de ella cuando me paré de golpe y suspiré decepcionado.

Habían tapado el agujero. ¡El señor Andretti había reparado la tela metálica!

—¡Oh, no! —gemí—. ¡No puede ser que esté encerrado! ¡No puede ser!

El corazón empezó a latirme con violencia. Me temblaba todo el cuerpo. Traté de calmarme y echar un vistazo a mi alrededor.

Todas las demás abejas habían desaparecido del recinto. Se habían marchado fuera a recolectar el polen y eso significaba que debía de haber otra forma de salir de allí.

No podía pensar con claridad: estaba muy cansado, agotado de tanto volar. Me posé en lo alto de la colmena para descansar un poco.

En ese instante, se abrió la puerta que comunicaba el recinto de las abejas con el garaje.

—¡Buenos días, abejita! —tronó la voz del señor Andretti—.

¿Qué haces ahí tan tranquila en lo alto de la colmena? ¿Por qué no estás dentro haciendo miel? ¿Estás enferma? Ya sabes que no podemos tener ninguna abeja enferma por aquí.

Levanté un poco la vista. El señor Andretti se estaba acercando. Su enorme y oscura sombra cayó sobre mí.

Traté de hacerme un ovillo y desaparecer pero fue inútil. ¡Sus grandes dedos se alargaban directos hacia mí!

Grité, aterrorizado. Por supuesto, no me oyó. ¿Qué va a hacer conmigo?, me pregunté. ¿Qué hace con las abejas enfermas?

17

¿Qué hace con las abejas enfermas?, me volví a preguntar, estremeciéndome horrorizado.

Seguramente las tirará a la basura, pensé. O quizás haga algo peor: alimentar con ellas a algún pájaro o a alguna rana que tenga en casa.

Sabía que, a pesar de lo fatigado que estaba, no podía quedarme a averiguarlo. ¡Tenía que irme de allí!

Justo en el momento en que los dedos del señor Andretti estaban a punto de sujetarme, salí disparado hacia arriba y me puse a volar alrededor de su cabeza. En ese mismo instante, vi que algunas abejas pasaban por un pequeño orificio que había en una esquina de la tela metálica, cerca del techo.

Volé una vez más por delante de la cara de mi vecino y luego me dirigí velozmente hacia el agujero. Al tratar de salir, choqué con otra abeja que estaba entrando. Me miró furiosa, luego zumbó enojada. Asustado, retrocedí y me pegué a la tela metálica. Tuve que esperar a que una larga fila de abejas entrara. Me pareció que no acababan nunca.

Cuando por fin estuve seguro de que la última abeja había entrado, salté hacia delante y atravesé el orificio. ¡Ya estaba fuera!

—¡Esta vez soy libre de verdad! —grité rebosante de alegría y olvidando el cansancio—. ¡Y Andretti no volverá a capturar nunca más a esta abeja!

Me posé en una hoja y dejé que el sol de la mañana me calentara las alas y la espalda. Hacía un día precioso: ¡un día

precioso para encontrar a alguien que pudiera ayudarme a recuperar mi cuerpo de ser humano!

Como si fuera un cohete, me lancé directo al aire y eché una mirada a mi alrededor. Oí un crujido y supe que era mi padre abriendo la puerta trasera de nuestra casa.

Di un resoplido y me precipité hacia ella.

—¡Adiós, cariño! Dile a los niños que les veré esta noche —dijo mi padre mirando hacia atrás. Luego soltó la puerta.

Pasé como una flecha por el hueco antes de que se cerrara de golpe. Otra vez me había faltado muy poco para que me aplastaran.

Me puse a zumbear de felicidad. ¡Me sentía tan bien estando de nuevo en casa y no en aquella oscura y pegajosa colmena! Me posé en el mármol de la cocina y contemplé aquellas paredes tan familiares.

¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo bonita que era mi casa?

Se oían pasos.

¡Alguien se acercaba! Volé hacia el alféizar para ver mejor de quién se trataba.

¡Krissy!

Tal vez podría conseguir que me oyera.

—¡Krissy! ¡Krissy! —grité—. ¡Soy yo, Gary! Estoy aquí, al lado de la ventana.

Para felicidad mía, Krissy se volvió y miró hacia donde yo estaba.

—¡Sí! —exclamé emocionado—. ¡Sí, soy yo! ¡Soy yo!

—¡Oh, fantástico! —gimió Krissy—. Ha vuelto a entrar otra de esas tontas abejas de Andretti.

Vale, de acuerdo, no era ésa exactamente la reacción que yo esperaba pero al menos se había fijado en mí.

A lo mejor, pensé, si me posaba en su hombro y le hablaba al oído, me escucharía.

Tembloroso, abandoné el alféizar y volé hasta donde estaba mi hermana.

—¡Krissy! —exclamé al acercarme a su hombro—. ¡Tienes que escucharme!

—¡Aaaaah!

Krissy dio un chillido tan fuerte que temí que se rompieran los cristales de las ventanas.

—¡Déjame!

Empezó a dar manotazos en el aire.

—¡Ay! —gemí cuando una de sus manos me golpeó.

Sentí una punzada de dolor. Luego perdí el control y aterricé, con un ruido sordo, encima del mármol.

Levanté la vista en el momento en que Krissy cogía un matamoscas de uno de los armarios de la cocina.

—¡No, Krissy, no! —supliqué—. ¡Eso no! ¡No puedes hacerle eso a tu propio hermano!

Mi hermana levantó el matamoscas y lo golpeó contra el mármol. Faltó muy poco para que me diera; sentí hasta la ráfaga de aire producida por el golpe.

Pegué un grito y me eché rápidamente hacia un lado. Yo sabía que Krissy era peligrosa con un matamoscas en las manos. Era la campeona de la familia. Nunca fallaba.

Los ojos que tenía en lo alto de la cabeza empezaron a girar aterrorizados. Aunque lo veía todo borroso, podía distinguir la forma del matamoscas alzándose para golpear me de nuevo.

18

—¡Para, Krissy! —le grité—. ¡Para! ¡Me vas a aplastar!

Me tiré del mármol. Al caer, me di un fuerte golpe contra el suelo. Luego, medio mareado y haciendo un gran esfuerzo, conseguí levantarme.

Estaba empezando a enfadarme. ¿Por qué tenía Krissy que ser tan sanguinaria? ¿Es que no podía abrir una ventana y echarme fuera?

Logré despegarme del suelo. Estaba recuperando las fuerzas, así que me puse a volar como un loco de un lado a otro de la cocina: chocaba contra paredes y armarios para que Krissy viera lo enojado que estaba. Después abandoné aquel lugar.

Furioso, subí hasta mi habitación. Si mi hermana no me ayudaba, buscaría a otra persona que lo hiciera. O sea, el nuevo Gary.

El sol ya estaba alto. Sin embargo, «Gary» todavía dormía profundamente en mi cama.

Verle allí echado tan tranquilo, como si estuviera en su casa, hizo que me enfureciera aún más.

—¡Despierta, marmota! —le increpé.

No se movió. Con la boca abierta, como él la tenía en ese momento, aquel chico parecía un auténtico bobo.

—¡Puaj! ¡Vaya asco de tío!

Estaba seguro de que yo nunca dormía así, con la boca abierta.

Decidí pasar a la acción. Me posé en la cabeza de «Gary» y comencé a pasearme por su cara. Estaba seguro de que mis patitas

de insecto le harían cosquillas y él se despertaría.

Nada. No se movió.

Ni siquiera cuando le metí una pata por la nariz, conseguí que «Gary» se moviera.

¿Por qué está tan hecho polvo?, me pregunté. ¿Es que ha estado destrozándome el cuerpo?

Furioso, atravesé la cara de «Gary» y bajé por su pelo. A continuación me deslicé hasta su oído.

—¡Bzzz! —grité lo más fuerte que pude—. ¡Bzzz! ¡Bzzz! ¡Bzzz!

Aunque parezca increíble, el nuevo «Gary» ni se inmutó.

¡Vaya suerte la mía! Ahora resultaba que Dirk Davis era la marmota más grande de la Tierra.

Suspiré y me di por vencido. Salí del oído de «Gary» y me puse a revolotear por mi antigua habitación. Allí estaba la cama, la cómoda y el ordenador.

—¡El ordenador! —exclamé emocionado—. ¡A lo mejor puedo dejar un mensaje en la pantalla! ¡Quizá pueda contarles a mis padres lo que me ha pasado!

Me precipité hacia el ordenador mientras zumbaba ilusionado.

¡Sí! Estaba encendido.

¡Qué suerte! Sabía que no hubiera tenido suficiente fuerza para apretar el botón de encendido. ¿La tendría para escribir?

En el monitor me esperaba la pantalla de color azul claro. Mientras notaba cómo me latía el corazón, bajé hasta el teclado y empecé a dar saltos sobre las letras.

¡Sí! Pesaba lo suficiente como para hacer que las teclas subieran y bajarán. Me detuve un momento en la tecla Enter para descansar.

¿Qué iba a escribir? ¿Qué mensaje iba a dejar en la pantalla?

Se me tenía que ocurrir algo rápidamente. Mis pensamientos quedaron interrumpidos al oír que «Gary» se movía en la cama. Dio un gemido. Se estaba despertando.

¡Rápido!, me dije. ¡He de escribir algo! ¡Cualquier cosa!

«Gary» lo vería en cuanto se levantara.

Salté sobre las letras y comencé a brincar de una a otra tratando de escribir mi desesperado mensaje. Era una tarea difícil. Mis ojos de abeja no estaban preparados para leer letras y no hacía más que caerme entre las rendijas de las teclas.

Tras ocho o nueve saltos me quedé sin respiración. Pero logré acabar mi mensaje en el instante en que «Gary» se incorporaba en la cama y se desperezaba.

Parado en el aire, ante el monitor, me esforcé en leer lo que había escrito:

«NO SOY UNA ABEJA. SOY GARY. APUDADME».

A pesar de que todo lo veía borroso, me di cuenta de que en la palabra AYUDADME me había equivocado y en lugar de apretar la Y había apretado la P. Quise volver a arreglarlo pero estaba completamente agotado. Apenas si podía moverme.

¿Lo entenderían? ¿Leerían el mensaje y al verme encima del monitor lo comprenderían todo?

«Gary» lo entendería. Sabía que lo haría. Dirk Davis se imaginaría de qué iba todo aquello.

Casi sin fuerzas, me subí a lo alto del monitor y vi cómo Dirk se levantaba de la cama.

Ya viene, me dije impaciente.

Se apartó el cabello de los ojos, bostezó y se desperezó de nuevo.

—¡Aquí! —le urgí—. ¡Dirk, por favor, mira la pantalla!

Dirk, aquí, aquí.

Cogió del suelo unos tejanos arrugados y se los puso. Luego buscó una camiseta que le fuera bien con ellos.

¡Vamos, Dirk!, le suplicaba yo dando saltos encima del monitor. Lee la pantalla, por favor.

19

¿Lo leería?

¡Sí! «Gary» se frotó los ojos. Luego, arrastrando los pies, se fue acercando al ordenador.

¡Sí! ¡Sí!

Casi explotó de alegría al ver que le echaba una ojeada a la pantalla.

—¡Adelante, Gary! ¡Léelo! ¡Léelo! —chillaba yo.

Miró más de cerca la pantalla frunciendo el entrecejo.

—¿He dejado esta cosa encendida toda la noche? —murmuró, moviendo la cabeza—. ¡Vaya! Pues menudo despiste llevo.

Entonces, alargó la mano y apagó el ordenador. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Desconcertado, salté del monitor y fui a caer en la mesa, al lado del teclado. Todo aquel trabajo para nada.

Pero bueno ¿qué le pasaba a «Gary»? ¿Es que no sabía leer?

Tengo que hablar con él, me dije recobrando la calma. Tengo que comunicarme con él de alguna manera.

Levanté las alas y salí tras él. Le seguí por la cocina y luego salimos juntos por la puerta trasera. Mientras «Gary» andaba a grandes zancadas por la hierba, yo empecé a revolotear alrededor de su cabeza. No me hizo ningún caso. Cruzó el jardín y abrió la puerta del garaje. Acto seguido entró y cogió mi viejo monopatín.

No había usado aquel monopatín desde hacía por lo menos dos años. Mi tío me lo había regalado al cumplir los diez años y había estado a punto de romperme una pierna intentando ir en él.

Después de aquello, lo guardé y decidí no volver a tocarlo.

—¡No te subas en eso! —le grité a «Gary»—. Es peligroso. Puedes hacerle daño a mi cuerpo y quiero que me lo devuelvas entero.

Por supuesto «Gary» ni siquiera me vio. Así que se fue con el monopatín hasta la parte delantera de casa y lo dejó en el suelo.

Al poco rato, pasaron por allí Kaitlyn y Judy. Me imaginaba que empezarían a burlarse de mi nuevo yo.

—¡Hola, Gary! —dijo Kaitlyn.

Se apartó varios rizos de la frente y sonrió.

—¿Llegamos tarde a nuestra clase de monopatín?

«Gary» le devolvió una amplia sonrisa.

—No, qué va, Kaitlyn —respondió con mi voz—. ¿Queréis que vayamos al campo de juegos como hicimos ayer?

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Clase de monopatín? ¿Ir al campo de juegos como hicimos ayer? ¿Qué estaba pasando allí?

—Espero que no te importe, Gary —replicó Judy— pero les dijimos a algunos chicos, a Gail y a Louie por ejemplo, que eres muy bueno con el monopatín y ahora dicen que les encantaría que les enseñaras también a ellos. ¿Qué te parece? Si no quieres les llamamos y...

—No, no, me parece muy bien, Judy —la interrumpió «Gary»—. Nos vamos ¿vale?

Mi nuevo «yo» saltó sobre el monopatín y fue deslizándose tranquilamente por la acera. Judy y Kaitlyn corrían detrás.

Por un momento, la impresión me dejó paralizado, pero luego decidí seguirles. Mientras volaba tras ellos me iba diciendo: ¡No puedo creerlo! ¿«Lutz cara de avestruz» dando clases de monopatín en el campo de juegos? ¿Y todos esperando a que él aparezca? ¿Qué estará pasando aquí?

Minutos después, llegamos los cuatro al campo de juegos. Efectivamente, todo un grupo de chicos esperaba a «Gary». Éste puso el monopatín en el suelo y empezó a dar indicaciones a todo el mundo sobre el «monopatinaje», como lo llamaba él.

Me fui hacia él y comencé a gritarle de nuevo al oído.

—¡Dirk! —vociferé—. ¡Dirk Davis! Soy yo. ¡El verdadero Gary Lutz!

Distraído, manoteó tratando de ahuyentarme. Intenté hablar otra vez con él pero en esta ocasión me dio un manotazo fuerte y me echó a rodar por los suelos.

Decidí abandonar. No quería que me hiciera daño. Comprendí que Dirk no me iba a ayudar.

La señora Karmen era mi única esperanza, me dije. Al fin y al cabo, ella era la que tenía todos los aparatos. Era la única persona que podía rectificar lo que había hecho.

Volé hasta un árbol cercano. Tenía que pensar hacia dónde debía dirigirme. Cuando se es un insecto, todo parece distinto: cosas que para una persona resultan pequeñas, para una abeja son enormes. Quería, pues, estar seguro de que no iba a confundirme y a volar en la dirección equivocada.

Desde la hoja en la que estaba, miré hacia un lado y otro de la manzana hasta que estuve seguro de qué camino tenía que coger. Cuando ya estaba dispuesto a marcharme, apareció de repente sobre mi cabeza una enorme sombra. Al principio pensé que se trataba de un pajarillo pero luego vi que era una libélula.

Tranquilo, me dije. Una libélula es un insecto, ¿no?, y los insectos no se comen unos a otros, ¿vale?

Supongo que nadie le había explicado eso a la libélula.

Antes de que pudiera moverme, se lanzó sobre mí, me clavó los dientes y me partió en dos.

20

Di un último grito y esperé a que todo se oscureciera a mi alrededor.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que la libélula se había dado la vuelta y había seguido volando en otra dirección.

Mi imaginación me había jugado una mala pasada. Siempre me ocurría eso cuando estaba demasiado cansado. Respiré profundamente, agradecido de estar todavía entero. Decidí que debía utilizar las fuerzas que me quedaban para ir hasta la oficina de Vacaciones Intercambio y hablar con la señora Karmen.

Alcé el vuelo, miré a ambos lados para ver cómo estaba el tráfico de libélulas y me marché.

Tras un largo y agotador viaje, comprobé que había llegado a la manzana adecuada. Ya estaba en Roach Street. Seguí volando a lo largo de la acera hasta llegar al edificio donde se hallaba Vacaciones Intercambio. Me posé en el escalón de la entrada y me puse a cavilar sobre la manera de poder entrar en la oficina.

Por suerte, mientras descansaba sobre el cálido cemento vi que se acercaba un cartero. Se iba parando en todas las casas de la calle. Rápidamente, corrí hacia la puerta de Vacaciones Intercambio a comprobar una cosa. Tal como yo esperaba, tenía en medio una abertura para echar las cartas.

Me acerqué al pomo y esperé mi oportunidad. El cartero caminaba despacio, le costaba llegar hasta aquel edificio.

—¡Vamos, deprisa! —le grité—. ¿Es que se cree que tengo todo el día o qué?

Evidentemente, no me oyó.

Metió la mano en la cartera y tras revolver un poco entre los papeles que llevaba, sacó un manojo de cartas. Luego, lentamente, alargó la mano y abrió la ranura.

Antes de que el hombre tuviera tiempo de reaccionar, pasé como una flecha por delante de sus narices y me colé por la abertura. Entonces le oí refunfuñar y supe que me había visto. Pero por una vez la suerte me acompañaba. Había actuado con tanta rapidez que el cartero no había podido darme un manotazo.

Mi suerte continuó al llegar a lo alto de la escalera. En ese preciso instante se abrió la puerta de Vacaciones Intercambio y salió una chica de aproximadamente mi edad. Era pelirroja y tenía el pelo largo y rizado. Su cara mostraba una expresión seria y pensativa. ¿Estaba reflexionando sobre la posibilidad de hacer un intercambio con otra persona?

—¡Vete a casa! —le grité—. ¡Y no vuelvas! ¡No te acerques a este lugar! ¡Fíjate en lo que me ha pasado a mí!

A pesar de que yo le hablaba a gritos, la chica ni siquiera volvió la cabeza. Pero dejó la puerta abierta el tiempo suficiente para que yo entrara en la oficina.

Atravesé la sala de espera y vi a la señora Karmen sentada en la misma silla que ocupaba cuando la conocí.

Me lancé directo hacia ella pero antes de llegar choqué contra algo duro. Sentí un fuerte dolor en todo el cuerpo y caí al suelo, aturdido.

Cuando se me pasó la confusión, recordé que entre la señora Karmen y la sala de espera había una mampara de cristal. ¡Y yo, como un cegato, me había estrellado contra ella!

Traté de despejarme y pensar con claridad.

—¡Señora Karmen! —vociferé—. Señora Karmen, soy yo, Gary Lutz. ¡Mire lo que me ha pasado! ¿Puede ayudarme, por favor? ¡Ayúdeme!

21

La señora Karmen ni siquiera levantó la vista de lo que estaba haciendo. Una vez más comprobé que nadie oía mi chillona voz de insecto.

Gemí derrotado. Me dejé caer en una silla y me hice un ovillo. Había logrado llegar hasta allí para nada. Había encontrado a la única persona en el mundo que podía ayudarme y ni siquiera me oía.

—Se acabó —susurré con tristeza—. Es inútil. Tengo que hacerme a la idea de que voy a ser una abeja para siempre. No habrá forma de que recupere alguna vez mi antiguo cuerpo.

Nunca me había sentido tan desgraciado en toda mi vida. ¡Ojalá hubiera llegado alguien y se hubiera sentado en aquella silla, conmigo debajo!

Un sonido extraño me sacó de mis tristes pensamientos. Me incorporé y escuché con atención.

—¡Aaafff! ¡Aaafff!

Parecía como si alguien estuviera respirando.

Pero sonaba muy fuerte para ser la respiración de una persona.

Abandoné la silla y me puse a revolotear por la habitación. Quería averiguar de dónde venía aquel sonido. Después de dar dos vueltas descubrí de qué se trataba.

La señora Karmen se había agachado para coger algo del suelo. Con esa postura, tenía la nariz y la boca a sólo unos centímetros de distancia de la mesa y el micrófono que ella utilizaba para hablar con la gente había captado el sonido de su respiración.

Entonces, se me ocurrió una idea genial. Si conseguía pasar al otro lado del cristal, podría usar el micrófono para que me oyera.

Volé hasta la mampara y luego hacia el techo. No hubo suerte. El cristal llegaba hasta arriba del todo. No había ninguna rendija por la que poder colarme al otro lado.

Bajé hasta el extremo inferior del cristal, donde éste tocaba con la mesa de la señora Karmen. ¡Sí! Había una pequeña abertura. Recordé entonces que, durante mi primera visita, la señora Karmen me había pasado a través de aquella rendija el álbum de fotografías.

La abertura no era muy grande pero sí lo suficiente para que cupiera mi redondo cuerpecillo de abeja. Atravesé la rendija y de un salto me puse encima del micrófono.

—¡Señora Karmen! —exclamé, acercando la boca al metal—. ¡Señora Karmen!

Levantó los ojos y se quedó boquiabierta. Atónita, escudriñó la sala de espera buscando la persona que hablaba.

—Soy Gary Lutz —dije—. Y estoy aquí abajo, en el micrófono.

La señora Karmen miró el micrófono. Luego frunció el entrecejo asustada.

—¿Qué sucede? ¿Quién está hablando? ¿Es una broma?

—No —repliqué—. No se trata de ninguna broma. Soy yo de verdad, Gary Lutz.

—Pe... pero —dijo tartamudeando. No le salían las palabras—. ¿Qué broma es ésta? ¿Qué significa todo esto?

Su voz se oía tan fuerte que las ondas sonoras estuvieron a punto de hacerme caer del micrófono.

—¡No hace falta que grite! —protesté—. La oigo perfectamente.

—¡No puedo creerlo! —exclamó con voz temblorosa.

Miró hacia abajo.

—¡Todo ha sido culpa suya! —la increpé enfadado—. Usted se equivocó al realizar la operación. Cuando estaba haciendo el cambio, alguna de las abejas de mi vecino se debió de introducir en la máquina, con lo cual en lugar de meterme en el cuerpo de Dirk Davis, usted me metió en el de una abeja.

La señora Karmen parpadeó. Acto seguido se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! Ahora lo entiendo —repuso—. Ahora entiendo por qué

el cuerpo de Dirk Davis se ha estado comportando de una forma tan rara.

Cogió algunos papeles de la mesa y los metió en su cartera.

—Te pido disculpas, Gary —continuó—. De verdad que lo siento mucho. Jamás habíamos tenido una confusión como ésta. Espero... espero que la experiencia te haya resultado por lo menos interesante.

—¿Interesante? —dije chillando—. ¡Ha sido una pesadilla! No puede imaginarse todo lo que me ha pasado. Me han atacado puertas de rejilla, gatos, matamoscas..., en fin, de todo. ¡Hasta usted misma estuvo a punto de aplastarme con el coche!

Se puso pálida.

—¡Oh, no! —exclamó en un susurro—. Lo siento muchísimo. No... no lo sabía.

—Bueno, y entonces ¿se puede hacer? —pregunté impaciente.

—¿Hacer qué?

—¡Devolverme a mi cuerpo! ¿Lo puede hacer ahora mismo?

La señora Karmen carraspeó.

—Bueno, podría —replicó despacio—. Normalmente podría devolverte enseguida. Sin embargo, en tu caso existe un pequeño problema.

—¿Qué clase de problema? —pregunté.

—Se trata de Dirk Davis —repuso la señora Karmen—. Parece ser que le ha cogido cariño a tu antiguo cuerpo. Le gusta tu casa y tus padres. De hecho, hasta le cae bien tu hermana Krissy.

—¿Y? —exclamé—. ¿Qué se supone que significa todo eso?

La señora Karmen se levantó y empujó hacia delante la silla.

—Significa —respondió— que Dirk Davis no quiere abandonar tu cuerpo. Dice que de ninguna manera volverá a su anterior vida. Pretende quedarse con tu cuerpo para siempre.

22

—¿Qué? —grité furioso dando saltos encima del micrófono.

—Lo que has oído —insistió la señora Karmen—. Dirk Davis quiere quedarse con tu cuerpo durante el resto de su vida.

—Pero no puede hacer eso ¿verdad?

—Es un asunto delicado —repuso mordiendo el labio inferior—. No fue eso lo que dijo cuando hicimos el contrato, pero si se niega a salir de tu cuerpo y de tu vida, yo no puedo hacer nada para obligarle.

La señora Karmen me miró compasiva.

—Cuánto lo siento, Gary, de verdad —dijo dulcemente—. Creo que tendré que tener más cuidado en el futuro.

—¿Y qué pasa con mi futuro? ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? —me lamenté.

La señora Karmen se encogió de hombros.

—No lo sé. Podrías volver a la colmena y esperar. A lo mejor Dirk Davis cambia de opinión.

—¡¿Volver a la colmena?!

Las antenas se me pusieron de punta. Me temblaban de rabia.

—¿Usted tiene idea de lo que es vivir allí dentro? ¿De lo que es estar con un montón de peludas abejas, apretujado en la oscuridad? ¿Y oyendo aquel ensordecedor zumbido día y noche?

—Es una manera de seguir vivo —replicó con franqueza la señora Karmen.

—¡No... no me importa! —balbucí—. ¡Jamás volveré allí! ¡Jamás!

—Esta situación es realmente dramática —observó la señora Karmen—. Pensaré en tu caso esta noche, Gary. Te lo prometo. Quizás encuentre un modo de quitarle tu cuerpo a Dirk.

Cruzó la habitación y abrió la puerta de la oficina.

—Lo siento tanto, de verdad que lo siento mucho —murmuró.

Luego dio un portazo y desapareció.

Yo estaba furioso pensando en Dirk Davis. Salté a k mesa.

—¡Eh!, espere —la llamé—. ¡Me ha dejado encerrado!

La señora Karmen estaba tan preocupada que se había olvidado de mí. Iba a seguirla cuando, al salir volando, miré por casualidad hacia su mesa.

Encima de un montón de papeles se hallaba el cuestionario de Dirk Davis. Al lado del nombre estaba su dirección. Vivía en el número 203 de la avenida Eastwood.

La avenida Eastwood estaba cerca de la tienda de ordenadores, o sea que sabía cómo ir hasta allí.

Tal vez el antiguo Dirk Davis sepa cómo puedo recuperar mi cuerpo, me dije.

Merecía la pena intentarlo. Me metí por la abertura que había en el cristal y me puse a revolotear por la sala de espera.

No había ninguna salida. Ninguna ventana abierta. Ninguna rendija en la puerta.

Una vez más, estaba atrapado.

Nervioso, seguí volando de un lado a otro de la sala de espera. Al cabo de un momento volví a meterme por la abertura del cristal. Examiné la habitación donde estaban los aparatos: todas las ventanas estaban cerradas.

Pasé volando por delante de un calendario y, sin querer, vi la fecha.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡Es viernes! El fin de semana. Puede que la señora Karmen no vuelva al trabajo hasta dentro de dos días.

Si no como nada en dos días, pensé, ¡me moriré de hambre!

¡Tenía que salir de allí! Volé hasta la pared del fondo y descubrí una puerta que no había visto antes. Pasé por ella a toda velocidad y fui a parar a un pequeño cuarto de baño. Había una ventanita que no estaba cerrada del todo. Aquella rendija era todo lo que necesitaba.

—¡Bien! —grité.

Pasé por la ventana y salí al exterior. Giré a la derecha y me dirigí a la avenida Eastwood. Por suerte, no estaba muy lejos. Tanto volar de un lado a otro estaba empezando a cansarme.

No tuve ninguna dificultad en encontrar la casa de Dirk Davis. Cuando llegué, vi al propio «Dirk» —o quien quiera que fuese en ese momento— de pie en el jardín de delante de su casa. Lo reconocí por la fotografía que había visto en el álbum de Vacaciones Intercambio.

—¡Eh! —le llamé—. ¡Eh... Dirk!

Aquel chico alto y guapo se dio la vuelta y me miró. Movié la boca. Parecía como si estuviera diciendo algo. Sin embargo, yo no entendía una sola palabra. Todo lo que oía era un zumbido.

—Soy Gary Lutz —grité con mi vocécita—. ¿Puedes ayudarme a sacar a Dirk Davis de mi cuerpo?

El chico me miró y sonrió.

Me dejó desconcertado. ¿Por qué sonreía?

—¡Eh! ¡Puedes oírme! —exclamé.

Entonces «Dirk» me hizo una señal con la mano.

—¿Quieres que te siga? —pregunté. Me sentía emocionado—. ¿Me vas a llevar a algún lugar donde podamos conseguir ayuda?

«Dirk» sonrió de nuevo. Luego se dio la vuelta y echó a andar hacia la esquina de la casa. No sabía adonde íbamos pero sí que tenía que seguirle.

Encontré a «Dirk» en el jardín de detrás.

—*Bzzzz* —me dijo al verme—. *Bzzzz*.

Me señaló un rosal muy grande que había allí y sonrió. Acto seguido metió la nariz en una de las flores.

—*Bzzzzzz* —continuó.

Me quedé boquiabierto.

—¡Pues claro! —exclamé—. ¡A ti te dieron el cerebro de la abeja cuando a mí me dieron el cuerpo!

«Dirk» no dijo nada pero cuando sacó la cara de la rosa tenía la punta de la nariz cubierta de polen amarillo. Parecía un poco sorprendido. Y decepcionado. Supongo que echaba de menos una larga lengua que le permitiera sorber el polen: una lengua como la que yo tenía.

—No puedes ayudarme —le susurré—. ¡Estás aún peor que yo!

—¿Bzzzz? —replicó—. ¿Bzzzz?

Parecía un tonto con aquella nariz amarilla. De todas formas, me daba pena. Tanto él como yo teníamos el cerebro equivocado en el cuerpo equivocado. Sabía perfectamente cómo se sentía.

—Voy a buscar ayuda para los dos —le dije—. Si recupero mi cuerpo, tal vez tú también recobres tu mente.

Dando un sonoro zumbido, abandoné el jardín de los Davis. En ese momento creí oír a «Dirk» llamándome. Miré por encima de una de las alas y lo vi metiendo la cara en otra rosa. Quizás esa vez consiguiera extraer el polen.

Me dirigí hacia mi casa. Pensaba obligar a Dirk Davis a que me devolviera mi cuerpo. Y si no quería, se iba a enterar...

Al girar en la esquina de mi calle, oí una voz que me resultaba familiar. Venía de detrás de un árbol.

—¡Basta, por favor! ¡Basta!

No podía creerlo. Era la voz de Marv. ¿Pero con quién estaba hablando?

Le di la vuelta al árbol para averiguarlo. Para sorpresa mía, descubrí que Marv estaba hablando conmigo, o sea con Dirk Davis en mi cuerpo. Barry y Karl estaban al lado de Marv.

¡Cuidado, Dirk!, pensé. ¡Corre! ¡Vete!

¡Por favor, no dejes que me destrocen el cuerpo!

Pero ya era demasiado tarde.

Barry, Marv y Karl lo estaban rodeando. Se disponían a darle la mayor paliza de su vida.

23

—¡Cuidado, Dirk! ¡Cuidado! —exclamé con mi voz chillona, mientras me acercaba a ellos.

Pero, sorprendentemente, aquellos tres odiosos mastodontes no avanzaban hacia «Gary» sino que ¡se alejaban de él!

—¡Basta, basta, chaval! ¡Por favor! —le suplicaba Marv—. Te he dicho que lo sentía.

—Nos hemos disculpado —gimoteó Barry—. ¡No nos pegues más, Gary! ¡Por favor!

Karl, con la nariz ensangrentada, lloriqueaba detrás de él.

—Tíos, sois unos desgraciados —oí que les decía «Gary»—. No quiero volver a veros.

—¡Vale! ¡Vale! —exclamó Marv—. Pero no nos pegues más, Gary, por favor.

«Gary» movió la cabeza y se marchó.

¡Es increíble!, pensé entusiasmado. ¡Barry, Marv y Karl me tenían miedo!

Decidí divertirme yo también un rato con ellos.

Salí lanzado hacia abajo y me posé en la nariz de Barry. Al mismo tiempo empecé a zumbear todo lo ruidosa y amenazadoramente que pude.

—¡Aaaaah! —chilló sorprendido y se dio un manotazo en la nariz.

Yo era demasiado rápido para él. Ya estaba en la oreja de Karl.

Karl pegó un grito y cayó hacia atrás encima de un rosal lleno de espinas.

Luego me puse a volar alrededor de Marv una y otra vez.

—¡Déjame! —gritó enfadado.

Y entonces me fui directo a su boca.

El chillido que dio casi me deja sordo. Pero mereció la pena. Marv empezó a escupir. No podía respirar, se atragantaba.

Salí volando hacia arriba. Me había dado tal ataque de risa que casi me estallaban las antenas. ¡Aquello había sido lo más divertido que me había pasado desde que era una abeja!

Contemplé cómo los tres gorilas huían de allí. Luego seguí por la manzana hasta mi casa.

«Gary» había dejado la ventana abierta y pude entrar sin problemas. Estaba tumbado en mi cama leyendo uno de mis cómics y comiendo galletas con miel.

La miel olía muy bien y entonces me di cuenta de que volvía a tener hambre. Cuando saliera de nuevo afuera buscaría una flor y comería algo.

Pero mientras tanto, había que trabajar. Me acerqué a «Gary» y me posé en el lóbulo de su oreja.

—¡Eh, tú! ¡Dirk Davis! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Necesito hablar contigo!

Levantó una mano y con un ligero roce me echó de su cara. Reboté en la cama al caer.

Empecé a zumbar furioso y volví a subir a su lóbulo.

—¡Eh, tú! ¡Quiero que me devuelvas mi cuerpo! ¡Tienes que salir de él ahora mismo!

«Gary» dobló el cómic y me golpeó con él. Me eché a volar: me sentía frustrado y lleno de rabia. Pero esa vez no iba a darme por vencido. ¡De ninguna manera! Tenía que conseguir que me oyera.

Me lancé hacia arriba como un cohete y aterricé encima de su cabeza.

A continuación bajé hasta su otro lóbulo y lo intenté de nuevo.

—¡No te voy a dejar en paz hasta que abandones mi cuerpo! —vociferé—. ¿Me oyes?

Suspiró y se encogió de hombros.

—Por favor, ¿te importaría dejar de molestarme? —sugirió—. ¿Es que no ves que estoy intentando descansar?

—¿Puedes oírme?

—Pues claro —murmuró—. Te oigo muy bien.

—¿En serio?

Estaba tan sorprendido que casi me caigo de la oreja.

—Sí, te oigo perfectamente. Extraño, ¿verdad? No sé a qué se debe pero me imagino que algunas células de abeja se mezclaron con mis células humanas durante nuestra transferencia electrónica. Ahora puedo oír el sonido producido por cualquier bicho pequeño.

—¿Tus células humanas? ¡Ésas son mis células humanas! —exclamé.

Dirk se encogió de hombros.

—Bueno, basta de charla —le dije—. ¿Cuándo piensas dejar mi cuerpo?

—Nunca —contestó.

Cogió el cómic y se puso a leer de nuevo.

—Me gusta tu cuerpo. No entiendo por qué lo abandonaste para convertirte en una abeja.

—¡No era eso lo que yo quería! —exclamé.

—Tu vida aquí estaba bastante bien —continuó—. Tienes unos padres estupendos, Krissy es una buena hermana y Claus es un gato magnífico. Lástima que no te dieras cuenta de todo eso cuando estabas en tu cuerpo que, por cierto, ¡es ahora el mío!

—¡No es tu cuerpo! ¡Es el mío! ¡Devuélvemelo!

Empecé a volar furioso alrededor de su cabeza: me lanzaba hacia su nariz, chocaba contra sus orejas, golpeaba las alas en sus ojos.

Dirk Davis no se inmutaba.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué te pasa? —grité—. Tú eres ahora yo. ¡Se supone que deberían asustarte las abejas!

«Gary» se echó a reír.

—Has olvidado algo —dijo—. Yo no soy tú. Tan sólo estoy dentro de tu cuerpo. Yo sigo siendo yo y no me dan ningún miedo las abejas. Y ahora —continuó—, lárgate, ¿vale? Estoy muy ocupado.

Aquello me dejó helado: me sentía tan furioso y tan decepcionado a la vez que me desplomé sobre la colcha.

«Gary» levantó el cómic.

—No me gustaría nada acabar contigo —dijo— pero lo haré si no me queda más remedio.

Me aparté justo en el momento en que golpeó la colcha con el cómic. Acto seguido salí volando por la ventana.

Durante varios minutos revoloteé sin rumbo, perdido en mis tristes pensamientos. Finalmente, recordé lo hambriento que estaba.

Me posé sobre un lirio y empecé a sorber el néctar.

No está mal, me dije mientras tragaba, pero las galletas con miel estarían mucho mejor.

¿Qué se supone que voy a hacer ahora?, me pregunté. ¿De verdad estoy condenado a ser una abeja durante el resto de mi vida?

Saqué la cabeza de la flor y eché un vistazo a mi alrededor.

—¿Y cuánto tiempo será el resto de mi vida, por cierto?

Recordé lo que ponía en una página de *El gran libro de las abejas*:

«La vida de la abeja corriente no es muy larga. Mientras la reina puede vivir incluso cinco años, las obreras y los zánganos mueren durante el otoño».

¿Durante el otoño?

¡Si ya casi estábamos en agosto!

¡Si seguía en aquel cuerpo de abeja sólo me quedaban uno o dos meses de vida, como mucho!

Miré con tristeza hacia mi casa. «Gary» había encendido la lámpara de mi habitación: la luz parpadeaba en aquel inicio de atardecer.

¡Cómo deseaba estar allí arriba!

¿Por qué, por qué había sido tan tonto como para pensar que estaría mejor en el cuerpo de otra persona?

En ese momento oí un zumbido. Atisé por encima de la flor.

Efectivamente, era una abeja.

Saltó sobre la planta. Enseguida le siguieron dos más, tres más. Todas zumbaban furiosas.

—¡Fuera de aquí! —ordené.

Intenté salir volando pero antes de que pudiera despegar, todas se abalanzaron sobre mí.

No podía moverme. Las abejas me habían hecho prisionero.

—¡No me llevéis de nuevo a la colmena! —chillé—. ¡No me llevéis, por favor!

Pero para horror mío, vi que empezaban a arrastrarme.

24

Forcejeé tratando de escapar pero entonces me apuntaron con sus aguijones.

¿Eran algo así como un cuerpo de policía? ¿Pensaban que estaba intentando huir de la colmena?

No tuve ocasión de discutirlo con ellas. Me alzaron en el aire. Tenía abejas delante de mí, abejas detrás y abejas por todas partes.

Pasamos cerca de la ventana de mi habitación.

—¡Socorro! —grité.

«Gary» levantó la vista del plato de galletas con miel. Sonrió y me saludó con la mano.

Yo estaba tan furioso que creí que iba a explotar. Pero entonces se me ocurrió una idea. Una idea desesperada. Una locura.

Me puse a zumbar todo lo fuerte que pude. Luego, de repente, me salí de la fila y me lancé hacia la ventana de mi cuarto.

¿Me seguían las demás?

¡Sí!

No querían dejarme escapar.

«Gary» se incorporó al verme entrar a mí y a mis ruidosas seguidoras. Enrolló el cómic dispuesto a darnos con él.

Empecé a dar vueltas por la habitación y las demás abejas me siguieron.

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! —vociferaba «Gary».

No éramos suficientes, pensé. Necesitaba un gran enjambre.

Salí de la habitación. Las demás volaron tras de mí. En ese momento era el líder de las abejas.

Tan velozmente como pude, conduje a mi grupo hasta el garaje del señor Andretti y, una vez allí, a través del agujero que había en la tela metálica.

Vacilé al llegar a la entrada de la colmena. Inspiré profundamente.

¿Iba a volver a entrar allí?

Sabía que no tenía elección.

¡Adelante, Lutz!, me dije.

Entré y me puse a volar como un loco por la colmena: iba de un lado a otro zumbando con furia, chocando contra las paredes, tropezando con las demás abejas.

La colmena empezó a despertarse. El zumbido creció hasta convertirse, primero, en un rugido sordo y, luego, en un ensordecedor estruendo.

Yo daba vueltas y más vueltas, volaba cada vez más rápido, me lanzaba frenético contra las pegajosas paredes de la colmena, me caía, tropezaba, volvía a salir disparado y no cesaba de zumbar con todas mis fuerzas.

Toda la colmena estaba alborotada.

Había convertido a las abejas en una furiosa turba.

Salí de la colmena. Estaba oscureciendo. Atravesé el agujero de la tela metálica. Las abejas me seguían en tropel. Parecíamos un gran nubarrón recortándose sobre el cielo grisáceo.

Subíamos y subíamos.

Formábamos un ruidoso tumulto cuya silueta recordaba a un embudo.

Arriba, más arriba.

Las llevé hasta la ventana de mi cuarto.

Chocando unas contra otras, zumbando violentamente, entramos por fin en la habitación.

—¡Eh! —dijo «Gary» saltando de la cama.

No tuvo tiempo de decir palabra.

Me posé en su pelo. La furibunda muchedumbre de abejas siguió mis pasos: continuaron zumbando rabiosas, le rodearon, se posaron encima de su cabeza, de su cara, de sus hombros.

—¡So... socorro! —su débil grito apenas si se oía bajo el estruendo de las abejas.

—¡Socorro!

Bajé hasta la punta de la nariz de «Gary».

—¿Ya tienes bastante? —le pregunté—. ¿Estás dispuesto a devolverme mi cuerpo?

—¡Jamás! —respondió—. ¡Me da igual lo que me hagas! ¡No te devolveré jamás tu cuerpo! ¡Es mío ahora y me lo quedaré para siempre!

—¡Eeeh! —No podía creer lo que estaba oyendo.

¡Estaba cubierto de abejas y seguía sin entrar en razón!

No sabía qué hacer.

Las demás abejas empezaban a perder interés por todo aquello. Algunas se acercaban al plato de la miel. La mayoría se marchaban por la ventana.

—¡No te saldrás con la tuya, Dirk! —grité.

Gemí furioso y me di la vuelta. Entonces clavé mi afilado aguijón en la nariz de «Gary».

—¡Aaaay! —chilló mientras se tocaba la nariz.

Luego se tambaleó y cayó sobre la cama.

—¡Yuhuuu! —grité entusiasmado.

Durante unos breves instantes me sentí eufórico. ¡Lina minúscula abeja había vencido a un enemigo enorme! ¡Había conseguido la victoria! ¡Había ganado la batalla contra un gigante!

Mi celebración no duró mucho.

De pronto, comprendí lo que había hecho. Recordé lo que le pasa a una abeja tras picar a alguien.

—Voy a morir —susurré—. Le he picado y ahora voy a morir.

25

Me sentía cada vez más débil. Notaba cómo las fuerzas me abandonaban. Más y más débil.

¿Qué es lo que he hecho?, me pregunté. ¡He acabado con mi vida sólo por querer picar a Dirk Davis! ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

Hacía todo lo posible por seguir moviendo las alas, por mantenerme en el aire. Sabía que no tenía salvación pero quería continuar vivo todo el tiempo que pudiera. Tal vez, pensé —viendo que se me iban las fuerzas—, tal vez pueda despedirme de mi familia.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Krissy! —dije con un débil zumbido—. ¿Dónde estáis?

Me resultaba difícil respirar. Me sentía tan cansado, tan débil.

Salí volando por la ventana y me dejé caer en la hierba.

Creí distinguir la forma del viejo arce bajo el cual solía leer libros y espiar al señor Andretti. Pero veía tan mal que era difícil estar seguro de nada. Una sombra grisácea parecía envolverlo todo.

No pude mantener erguida la cabeza por más tiempo. Las sombras grises se fueron oscureciendo cada vez más hasta que el mundo se desvaneció por completo ante mi vista.

Me incorporé poco a poco. El suelo daba vueltas debajo de mí.

¿Dónde estaba?

¿Era aquello mi jardín?

Parpadeé tratando de distinguir con claridad lo que me rodeaba.

—¡El viejo arce! —exclamé—. ¡Y mi casa! ¡Y la casa del señor Andretti!

¿Estaba vivo?

¿Estaba vivo de verdad? ¿Estaba realmente sentado en mi jardín contemplando todas aquellas cosas tan entrañables?

¿Había recuperado las fuerzas?

Decidí comprobarlo. Traté de extender las alas y salir volando veloz. Pero por alguna razón, las alas no me respondían. Sentía el cuerpo pesado y extraño.

Fruncí el entrecejo y miré hacia abajo para ver qué me pasaba.

—¡Aaaah! —exclamé estupefacto.

En lugar de seis patas, vi que tenía dos brazos, dos piernas y el delgaducho cuerpo de antes.

Casi sin respiración, me toqué la cara. Me habían desaparecido todos los ojos excepto los míos, y ya no tenía ni antenas ni capa de pelusa. ¡Y en su lugar tenía pelo y una suave piel humana!

Me puse de pie de un brinco y comencé a vociferar loco de alegría.

—¡Soy una persona otra vez! ¡Soy yo de nuevo! ¡Soy yo!

Entusiasmado, me di un abrazo. Luego quise probar los brazos y las piernas y empecé a bailar por el jardín.

¡Funcionaban! ¡Funcionaban perfectamente!

¡Era maravilloso ser de nuevo un ser humano!

¿Pero cómo había sucedido aquello?, me pregunté. ¿Qué le habría pasado a Dirk Davis? ¿Y si se había convertido en una abeja igual que me había ocurrido antes a mí? Sentí escalofríos al pensar en esa posibilidad.

No, seguramente, no.

¿Pero qué había pasado exactamente?

¿Cómo había conseguido recuperar mi cuerpo?

¿Había sido por el hecho de picar a Dirk? La conmoción del picotazo ¿nos había devuelto a nuestros verdaderos cuerpos?

¡Tengo que llamar a la señora Karmen y averiguarlo!, decidí.

Pero de momento, lo único que quería hacer era ver a mi familia.

Subí las escaleras en un santiamén y entré en casa.

Al pasar por la cocina me topé con Krissy. Llevaba a *Claus* debajo del brazo, como de costumbre.

—¡A ver si miras por dónde vas! —me espetó.

Seguramente esperaba que yo le contestara en el mismo tono y que tratara de apartarla de mi camino, pero en lugar de eso, lo que hice fue cogerla por los hombros y darle un fuerte abrazo. Luego le planté un beso en la mejilla.

—¡Puaj! ¡Qué asco! —exclamó al tiempo que se limpiaba la mejilla con la mano.

Yo me eché a reír encantado.

—¡No quiero que me pases tus asquerosos microbios! —protestó Krissy.

—¡Tú sí que eres asquerosa! —repliqué.

—¡El asqueroso lo serás tú! —continuó ella.

—¡Y tú eres una imbécil! —grité yo.

¡Era maravilloso poder insultarla de nuevo!

Contentísimo, la llamé unas cuantas cosas más y luego subí corriendo para arriba a ver a mis padres.

Me encontré con ellos cuando salían de mi habitación.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamé.

Me fui hacia ellos con la intención de abrazarlos, pero mis padres pensaron que lo que quería era entrar en mi habitación.

—No entres, Gary —me advirtió papá—. Has vuelto a dejar la ventana abierta y se han colado un montón de abejas.

—Será mejor que vayas a ver a nuestro vecino, el señor Andretti —me aconsejó mamá—. Él sabrá cómo echarlas fuera.

No pude contenerme por más tiempo. Rodeé con mis brazos el cuello de mi madre y le di un beso muy fuerte.

—¡Mamá, te he echado tanto de menos!

Mi madre me devolvió el abrazo pero vi que intercambiaba una mirada de extrañeza con mi padre.

—Gary, ¿estás bien? —me preguntó—. ¿Cómo has podido echarme de menos si no te has movido de casa?

—Bueno... —tuve que discurrir algo con rapidez—. Lo que quería decir es que echo de menos el pasar más tiempo contigo. Necesitamos hacer más cosas juntos.

Mi madre me puso una mano en la frente.

—No. No tiene fiebre —le dijo a mi padre.

—Gary —dijo papá impaciente—. ¿Te importaría ir a buscar al señor Andretti? Si no sacamos a esas abejas de tu habitación, esta noche no podrás acostarte.

—¿Abejas? —repliqué con mucha tranquilidad—. No os preocupéis, yo me ocuparé de ellas.

Alargué la mano para abrir la puerta. Antes de que pudiera hacerlo, papá me cogió del brazo.

—¡Gary! —exclamó alarmado—. Pero ¿qué te pasa? ¡Hay abejas en tu habitación! A-B-E-J-A-S. ¿Es que no te acuerdas? ¡Te dan miedo las abejas!

Le miré y pensé en lo que acababa de decir. Entonces, descubrí, para sorpresa mía, que ya no me asustaban las abejas lo más mínimo. En realidad, estaba incluso deseando volver a verlas.

—No pasa nada, papá —repliqué—. Supongo que lo debo de haber superado o algo por el estilo.

Abrí la puerta y entré en mi habitación. Efectivamente, allí estaba el tropel de abejas que yo conocía revoloteando sobre el plato de galletas con miel.

—¡Hola, chicas! —dije alegremente—. ¡Es hora de marcharse!

Me acerqué a la cama y empecé a manotear tratando de conducir las hacia la ventana. Algunas zumbaban furiosas contra mí.

Me reí para mis adentros. Luego cogí el plato de las galletas con miel y lo vacié por la ventana.

—¡Ahí tenéis! —les dije.

A continuación las hice salir poco a poco.

—¡Adiós! —me despedí—. ¡Gracias! ¡Cuidad muy bien los panales! ¡Os haré una visita en cuanto pueda!

Cuando se marchó la última abeja, me di la vuelta y contemplé a mis padres. Estaban allí quietos en la puerta, con la vista clavada en mí. Aquello les había dejado boquiabiertos.

—¿Papá? —dije—. ¿Mamá?

Papá parpadeó y pareció volver a la realidad. Cruzó la habitación y me puso una mano en el hombro.

—Gary, ¿te encuentras bien?

—Sí, muy bien —respondí, sonriendo satisfecho—. Perfectamente.

26

Esta increíble aventura me ocurrió hace, más o menos, un mes.

Ahora ya casi estamos en otoño. Estoy sentado en mi lugar favorito —bajo el arce que hay en el jardín— leyendo un libro y atiborrándome de patatas fritas. Me encanta este lugar. En esta época florecen algunas plantas y el jardín está precioso.

Me he pasado los últimos días de las vacaciones descansando aquí. Claro que también voy mucho al campo de juegos.

El otro día me encontré con aquella chica pelirroja que vi salir de la oficina de Vacaciones Intercambio. Empezamos a hablar y no me puse nervioso ni nada. Parece muy simpática. ¡Espero que no esté pensando en intercambiarse con alguien!

Esa conversación y muchas otras cosas me han hecho ver que gracias a mi corta vida como abeja he cambiado bastante.

Ante todo, he aprendido a valorar a mi familia por primera vez. Mis padres son muy agradables y mi hermana —teniendo en cuenta que es, eso, una hermana— no está mal.

Y ahora ya no me dan miedo ninguna de las cosas que antes me asustaban. Ayer pasé por el lado de Marv, Barry y Karl y ni me inmuté. De hecho, cuando recordé cómo me había metido con ellos siendo abeja, casi me dio un ataque de risa. Ya no les tengo ningún miedo. Y soy distinto también en otros aspectos.

Se me dan mucho mejor los deportes y montar en bici y cosas así. Y soy muy bueno con el monopatín; incluso sigo dando clases. Judy y Kaitlyn siempre andan detrás de mí. Y también Gail y Louie.

El otro día me encontré con Dirk Davis en el campo de juegos.

Al principio no quise hablar con él, pero luego resultó que era bastante simpático.

Me pidió perdón.

—Siento mucho haber querido robarte el cuerpo —me dijo—. Por cierto, a mí tampoco me salieron muy bien las cosas. ¡Por culpa de aquella abeja he cateado todos los exámenes de matemáticas de la escuela de verano!

Los dos nos tronchamos de risa pensando en nuestra aventura. Y ahora Dirk y yo somos muy amigos.

O sea que, en resumen, mi vida ha vuelto a la normalidad.

Me siento cantidad de bien, completamente normal. Bueno, en realidad, me siento mucho mejor que normal.

Es tan maravilloso estar aquí sentado en el césped, tranquilo, leyendo, oliendo el fresco aire del otoño, disfrutando de las flores.

Hummmm.

Esas malvarrosas son magníficas.

Perdóname un momento. Voy a levantarme y a echarles un vistazo de cerca.

Esa flor de ahí, esa que casi toca el suelo, es fantástica.

Me parece que voy a ponerme de rodillas y a probar cómo está.

¿Sabes cómo sorber el polen?

No es tan difícil como parece.

Yo he ideado la mejor manera de hacerlo.

Sólo tienes que arrugar la boca y sacar la lengua así, ¿ves?

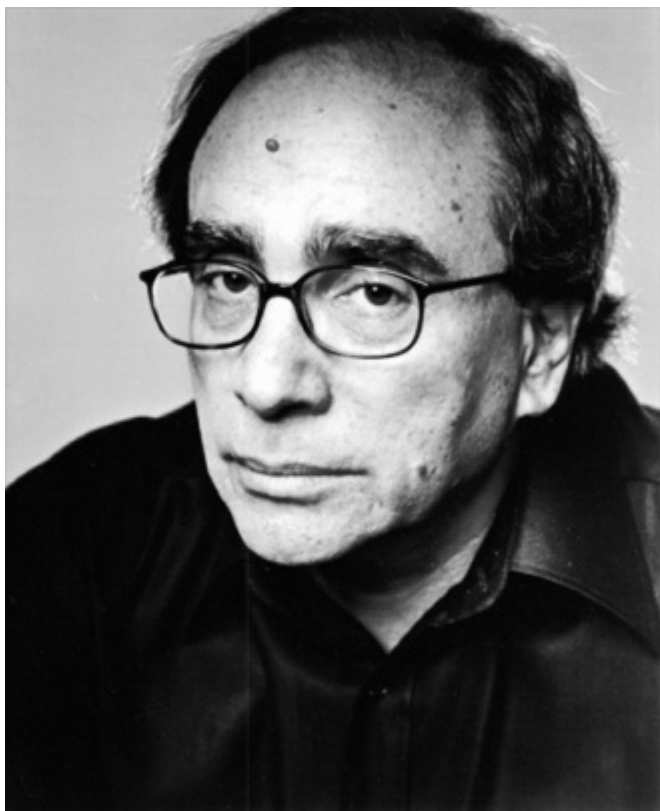
Luego metes la cara en la flor y extraes todo el polen que quieras.

Prueba.

Adelante.

Hummmm.

Adelante. Es fácil. ¡En serio!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

Ha logrado que *ocho* de los *diez* libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos sean suyos. De sus relatos, editados en las colecciones *Pesadillas* y *La calle del terror*, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.

Bob creció en Columbus, Ohio, y en la actualidad vive cerca de Central Park, en Nueva York.